

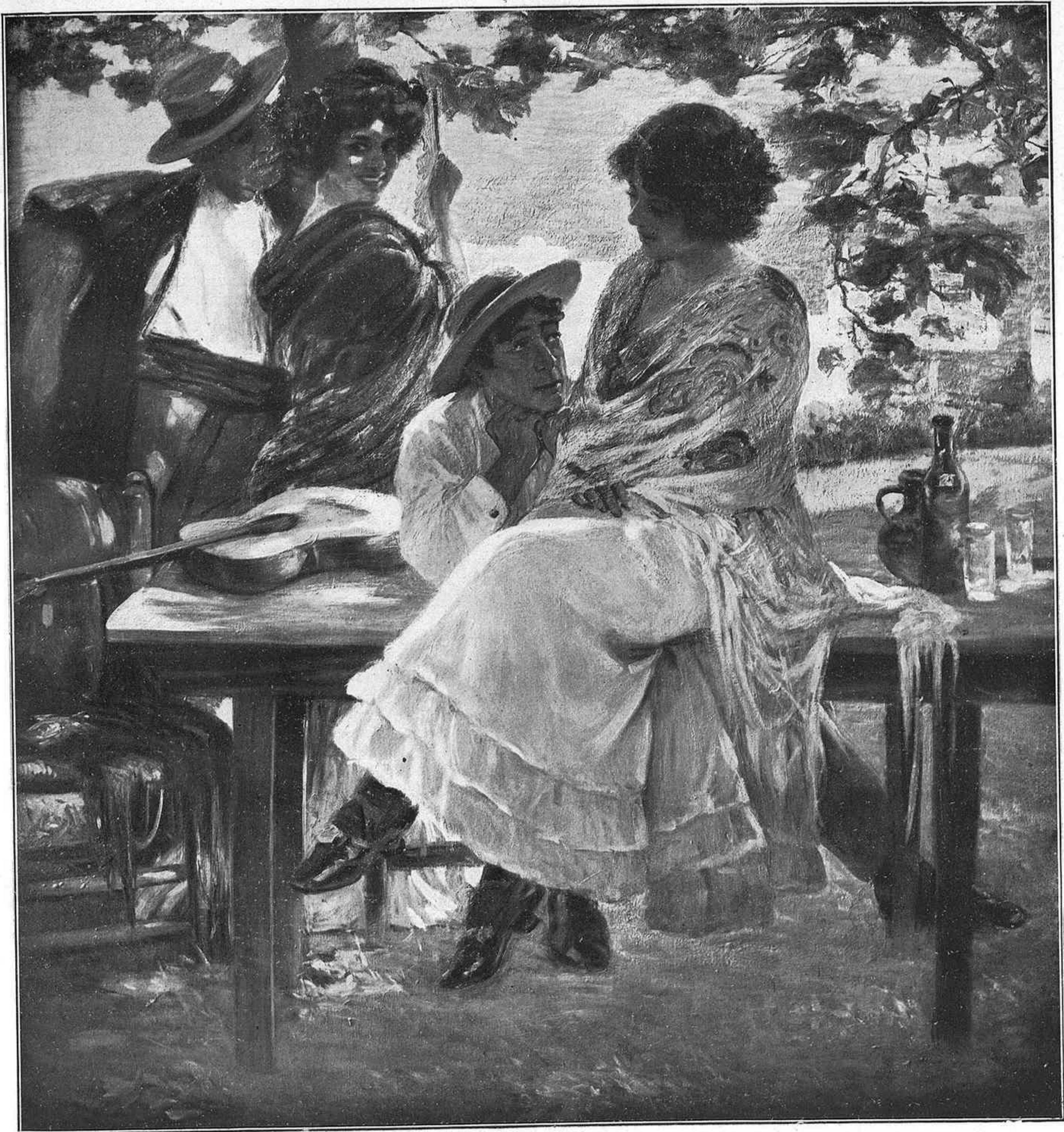
La Ilustración Artística

Año XXXII

BARCELONA 26 DE MAYO DE 1913

Núm. 1.639

PARIS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1913



TENTACIÓN, cuadro de P. Ribera. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

La ejecución de este cuadro responde perfectamente al pensamiento de su autor; todo en él respira pasión, todo en él es luz, calor, vida. La escena se desarrolla bajo un cielo andaluz que convida al amor; en esa atmósfera cálida que enardece la sangre y entre gentes de esa raza en quien los afectos son pasiones y las pasiones alcanzan un grado de intensidad que conduce a los mayores extremos. La tentación no se expresa sólo por las figuras; flota en el ambiente; se siente más que se ve en todo este lienzo, que al mismo tiempo que cautiva por lo hermoso de su dibujo y de su color, interesa e impresiona por la verdad y el vigor con que está tratado el asunto.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Las manzanas*, por Prudencio Canitrot. — *Barcelona. Exposición del Círculo Artístico.* — Roma. *La peregrinación catalana.* — París. *Monumento a Catulo Mendés.* — Hare. *Inauguración.* — Sueca. *Monumento a las víctimas de Cullera.* — De Santa Cruz de Tenerife. — Barcelona. *Notas de actualidad.* — París. *El Guignol de historias naturales.* — Los Fabrecé (novela). — Gante. *Exposición Universal.* — Madrid. *Exposición de Artes decorativas.* — *Exposición Canina.*

Grabados. — *Tentación*, cuadro de P. Ribera. — Dibujo de Carreres, ilustración a *Las manzanas.* — *Maternidad*, cuadro de J. M.^a Tamburini. — *Grupo de artistas.* — *Una calle de pueblo*, cuadro de A. Larraga. — *Un cuento de Andersen*, cuadro de L. Masiera. — *Notas de Roma, París, Hare, Sueca y Santa Cruz de Tenerife.* — *El libro de coro*, cuadro de E. Maxence. — *Enigma*, cuadro de G. Nicolet. — *Notas de Barcelona.* — Gante. *Exposición Universal.* — Madrid. *Exposición de Artes decorativas.* — *Exposición Canina.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Entre las Exposiciones que estos días están atrayendo un público mucho más numeroso del que solía acudir años atrás a esta clase de espectáculos, llama la atención la de crucifijos o, para expresarme con mayor exactitud, de representaciones de la Cruz y Crucifixión, dentro del arte.

Con motivo de esta Exposición, vuelve a la memoria el caso único del instrumento de suplicio, convertido en símbolo de salvación y gloria. La Cruz, en los primitivos tiempos, no fué, sin embargo, sólo un patíbulo: en muchas civilizaciones y creencias tuvo sentido religioso, y hay libros enteros que tratan del signo de la Cruz antes del cristianismo. Los primeros cristianos, sin embargo, no la adoraron abiertamente: mientras duraron las persecuciones, se limitaron a sugerirla con signos como la letra griega *Tau*. La primera representación de Cristo en la Cruz, es infamante: es la célebre caricatura del Palatino, que vi en Roma: un asno crucificado, y debajo un soldado, el soldado cristiano a quien satirizaban sus compañeros de cuerpo de guardia, con el burlesco letrero: «Alexamenos adora a su Dios». Sin duda un neófito ferviente fué la víctima de esta broma de cuartel.

Ello es que hasta el siglo v, triunfante ya la Iglesia, no aparece la representación de Cristo en la Cruz, que tan hermosas páginas había de inspirar. Dos ejemplares quedan: una escultura en madera, y una placa de marfil, y por cierto que en esta última aparece ya, al lado de la representación del Calvario, tal cual se ha venido haciendo, el ahorcamiento de Judas, pendiente de un árbol en cuya cima, doblegada al peso, cantan los pajarillos.

En el siglo vi, la tradición se precisa más aún: se ve a los soldados echando suertes sobre la túnica; a los dos ladrones; a las Santas mujeres; al sayón que rompe el divino costado con su lanza, y al que eleva la esponja empapada en hiel y vinagre. En otra representación, el pie de la Cruz se apoya en la loba romana, revuelta en actitud fiera, mientras Rómulo y Remo beben el jugo de sus ubres.

Y desde el siglo vi, la Cruz y el crucifijo no cesan de ser tema favorito, asunto fecundísimo de inspiración, variamente interpretado por los artistas. Lo que la Junta diocesana ha reunido en el Palacio de Bibliotecas y Museos para exhibirlo no es sino parte insignificantisima de este inmenso desarrollo del motivo profundamente sentimental y dramático de la Pasión y Muerte de Cristo; y, sin embargo, da idea de muchos aspectos de tan gran desenvolvimiento, desde sus orígenes, en el período bizantino, hasta el momento actual.

Encuéntrense en la Exposición diocesana los Cristos de cobre esmaltado, los Calvarios de bronce, plata, madera y marfil, las cornucopias de coral y bronce, las tablas de los primitivos, las cruces — relicarios conteniendo trozos de Lignum, los crucifijos de campaña, los estuches de cuero labrado en forma crucifera, las pinturas representando escenas de la Crucifixión, las grandes cruces procesionales, de plata o bronce, los trabajos en alabastro, los horarios, y pasionarios miniados, los relicarios, los relojes figurando cruces, los bordados en terciopelo y seda, y no es de las menores curiosidades de la Exposición el monetario, en que figuran monedas de Constantino el Grande y de Santa Elena, de Teodora y del socio de Constantino, Maximino Daya, el atormentador de Santa Catalina de Alejandría. Hay hasta crucifijos de porcelana del Retiro, y, por supuesto, esmaltes, alguno de ellos sorprendente de color y bellos grabados.

Hay, en especial, un tapiz — o mejor dicho, dos —, que, como suele decirse, se comen a todo lo demás. Son los famosísimos que ya he visto figurar en grandes Exposiciones universales, y que formaban el dosel de Felipe II. Los expone el Rey.

Nunca el arte de la tapicería rayó más alto que en

estas dos espléndidas muestras de lo que podía dar de sí en el siglo xvi, en Flandes, y por el impulso de un hombre tan entendido en arte, tan aficionado como el hijo de Carlos V. Era Felipe II lo que se llama un *amateur*. Acaso mucho de lo mejor que como arte ha tenido España, se le debe a él, que lo trajo de Flandes o lo protegió aquí, y si no está en España aquel portentoso *Cordero místico*, de Van Eyck, que tanto me encantó en Gante, no es culpa del *Prudente*, que intentó varias veces hacerlo cosa nuestra.

El dosel, como digo, vale en su género, lo que pueda valer el tríptico famoso. Dos son los tapices que lo componen: uno el respaldo, otro el que formaba el verdadero dosel. El primero es el Calvario, pero un Calvario de ensueño, bañado en misteriosa luz azulina, con unas lejanías delicadas, un arbolado fino y glácil, y sólo cuatro figuras, siendo la de la Virgen un prodigio de poesía y sentimiento. No hay sayones, no hay más que testigos afligidos del suplicio, que, con un sentido místico, asisten a él, atentos sólo a presenciarlo, a reverenciar el Misterio que encierra y que se significa en la actitud de la Magdalena, recogiendo, en el Santo Grial, la sangre divina que mana del costado.

El otro tapiz es, si cabe, más soberano de ejecución y de dibujo, y encierra solo, en una gloria, la cabeza del Padre Eterno, y bajo su pecho, la simbólica paloma. El arte no puede ir más allá.

En el catálogo de esta Exposición leo que desde mediados del siglo xvi la preocupación de la forma y de la decoración tienden a reemplazar la idea religiosa. Sin duda el fervor era mayor en la Edad Media, pero no han dejado de aparecer grandes artistas religiosos después del xvi, y en España son legión: basta recordar a Zurbarán, Ribera y Murillo; baste pensar en nuestros grandes creadores de la talla en madera, los Hernández, los Castro, los Moure, los Villabrille, los Montañés. En España el Renacimiento, sin perder ninguno de sus caracteres, ha determinado una intensa florecencia de arte religioso. Hasta en el período barroco creó belleza religiosa.

De todas estas épocas encontramos muestras y testimonios en la Exposición de que hablo. Al lado de las tablas góticas y de los trípticos con santos de aureola y fondo de oro, resaltan tallas y pinturas del xvii y aun del xviii, llenas de fervor. Tal es el Jesús niño, con la Cruz a cuestas, poniendo el pie sobre el mundo y rodeado de angelitos sin cuerpo, que exponen los franciscanos de la iglesia de San Fermín de los Navarros. Esta efigie, de talla, pertenece a la inspiración franciscana, la misma que dictó a Murillo su lienzo *San Francisco abrazando a Cristo*, asunto por ningún artista ideado, hasta que lo abordó el pintor español. El Niño Dios de los franciscanos es otro testimonio de la íntima compenetración del espíritu de San Francisco y el de Jesús. La túnica de la efigie no es otra cosa que el hábito franciscano, y la cuerda que la ciñe, es el cordón de la Orden. Sus pies están descalzos, y, como los de San Francisco en el lienzo de Sevilla, pisan el mundo. La talla es encantadora, y la considero española, no italiana.

A la misma corriente sentimental responde el Niño Jesús abrazado a la Cruz, propiedad del Sr. Coello y atribuido a Valdés Leal. Todo nuestro siglo xvii es un venero inagotable de inspiración religiosa, hermanada con el realismo sencillo de los grandes maestros de aquel período, hasta Claudio Coello, en quien se acaba la tradición, al menos en la pintura, porque, hasta fines del siglo xviii, hasta la aparición pensada de Goya, los pintores que tengan renombre en España serán extranjeros, en su mayor parte italianos.

En la talla, no hay tan brusca interrupción de la veta nacional. Síguese trabajando admirablemente, y de ello quedan muestras aun a fines del xvii y principios del xix, en los magníficos *Nacimientos* que atestiguan que la tradición persevera.

En los Cristos de talla, de tamaño natural, que han sido uno de los triunfos del romanticismo español, produciendo honda emoción contra las reglas vulgares del clasicismo, algo se ve en este Museo, aunque falte el Cristo más típico, el de las enaguillas y la peluca del cabello natural de mujer, repartida en largos mechones a ambos lados de la frente y descendiendo hasta la cintura. Este crucifijo, eminentemente español, el que cantaron las leyendas, no tiene en la Exposición diocesana más representación que el cuadro, muy conocido, de Menéndez Pidal, titulado *El Cristo de la Vega*. Nadie ignora el asunto de este cuadro: se funda en una de las obras maestras de Zorrilla, *A buen juez, mejor testigo*.

Pero, en toda la Exposición, no hay un Cristo de enaguillas, y son los Cristos españoles, tal cual la devoción nacional los ha sentido. ¿Será que no se concede a las imágenes «de vestir» consideración de obra de arte?

Esta cuestión se ha agitado mil veces, y yo he es-

cuchado muy doctas razones que no han llegado a persuadirme. Jamás me he avenido a que exista algo que sea estrictamente ortodoxo en arte, nada que limite los dominios del sentimiento estético. Donde ponemos nuestro corazón, nace la hermosura. Sostuve, un día, en encarnizada discusión, que todos los dioses son bellos, hasta el terrible Huitzilopoztli con sus dos franjas azules que le cruzaban el rostro, porque en los dioses ha cifrado la humanidad tanta suma de esperanza, de fe, de sentir, que no es posible dar por feo a un dios, siquiera sea un ídolo. ¡Con cuánto mayor razón puede defenderse la hermosura de nuestras imágenes «de vestir»! El realismo que las inspira no será aquel realismo griego, que más bien debe calificarse de naturalismo: una Virgen de los Siete Dolores no será ni una Diana, ni una Cibele: yo no me atrevo a decir que es mucho más interesante y conmovedora. Hay un poeta francés, Baudelaire, que ha comprendido este encanto singular de nuestras Dolorosas, y lo ha cantado, sin que para darse cuenta de este hechizo psicológico necesitase ni aun ser cristiano convencido. Le bastó para ello lo que tenía de sentimiento católico y estético infiltrado en el alma.

Y sostendré siempre el derecho artístico de las imágenes de vestir, al menos aquí donde forman parte de nuestro espíritu. Y digo que, desde el punto de vista de la moción de afectos, el Cristo de la Vega, con sus enaguillas y su pelo largo, natural, sedoso, que le ofreció la vocación de alguna mujer maltratada por la vida y que busca consuelo, me parece tan atractivo como este otro Cristo que acabo de admirar, obra de un artista que hasta la fecha me era desconocido: Salvador Páramo.

Lleva este crucifijo el número 44 en el catálogo; es de tamaño natural, talla en madera, y fué encargado por el famoso P. Claret para la iglesia de Montserrat, en la Plaza de Antón Martín; cuando ésta se derribó, la magnífica talla pasó a la iglesia de Santa Isabel. Es imposible nada más enérgico, más vigoroso, más perfecto como anatomía, que esta escultura, y antes de saber su fecha, al pronto, se la tomaría por una obra del Renacimiento. Hubo en efecto algunos sorprendentes escultores en este período (mediados del siglo xix), pero, según sucede a Páramo, sus nombres son poco conocidos.

De propósito he dejado para el final el crucifijo de la reina María Estuardo, que expone la reina María Cristina. No porque tenga este crucifijo gran valor artístico, sino por el recuerdo que evoca, ante él se apiña la gente en la Exposición. Su descripción fiel es como sigue: «de esmalte blanco, menos el paño plegado que rodea el divino cuerpo, y que es de oro. La corona conserva bastantes restos de esmalte verde translúcido, y las disformes gotas de sangre, que manan de las manos, pies y costado del Redentor, no son piedrecitas que imiten rubíes, sino lagrimones de esmalte rojo translúcido. La Cruz conserva huellas del filete de esmalte negro que la circundaba, y de azul en el florón superior, compuesto de cuatro volutas, y en las laterales de dos volutas, faltando en todas las virolas o remates. En la parte inferior falta, no sólo el remate, sino también el florón, pudiéndose apreciar la gota de estaño con que fué soldado el remate de la sacra donde estuvo tantos años, bárbara mutilación que hizo desaparecer la tapa posterior con los pasos de la Pasión, en esmalte, que cerraba la Cruz y el Lignum Crucis, dejando al descubierto la caja o hueco de la reliquia».

Así lo detalla el Marqués de Laurencin, académico de la Historia; pero de tan exacta descripción sólo resulta que el crucifijo no es ninguna maravilla de arte; la figura de Cristo en él aparece más bien defectuosa y sin la elegancia de dibujo que caracteriza al Renacimiento. El mérito de este crucifijo, que la desdichada reina de Escocia conservó hasta sus últimos instantes y que formó parte de su instrumento, pues lo ostentó sobre el pecho siempre, en eso está: en lo que recuerda de dolores, de días sin consuelo, de fallidas esperanzas, de agonías y torturas en la cruel prisión. Este crucifijo, prenda de una convicción religiosa que tan caro le costó confesar a la reina, sintió latir aquel corazón animoso, regio, predispuesto al ejercicio de todas las virtudes viriles, aunque, por su mal, predispuesto también a las ternuras femeninas. Y es la cautividad, el martirio de la rival de *Bess*, es aquel drama que genialmente cinceló Schiller, y que aun hoy constituye el triunfo de tantas grandes actrices trágicas — lo que nos obliga a detenernos ante la reliquia, de la cual surge uno de esos poemas dolorosos de la Historia, que la novela no consigue emular. Hay lágrimas, evaporadas por el tiempo, y que fluyen otra vez en nuestra alma, en el crucifijo de María Estuardo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LAS MANZANAS, POR PRUDENCIO CANITROT, dibujo de Carreres



Me miró impassible, me tendió una mano, que besé respetuosamente...

I

Tendría yo unos veintidós años y llevaba muy cerca de tres haciendo una vida de gallofero que aun recuerdo con asco y rubor. Un día vino a mi memoria el recuerdo de una tía mía llamada Doña Griselda de Belbís, la cual hasta los diez años habíame prodigado sus bondadosas caricias, y en busca más de su caridad que de sus halagos fui hacia Castroamor, el viejo pueblo montañés donde moraba, viviendo de sus menguadas rentas. Y una tarde — nunca la olvidaré — luego de cruzar a pie parte de la provincia, llegué ante su casa, vieja casona que da a una plaza vetusta, cercada de árboles y por los muros de un convento de clarisas. La tarde era toda llena de gracia, una suave tarde de otoño. Un pálido sol doraba la fachada de la casa de mi tía, ante la que me quedé un largo rato admirado. Sus ventanas con marco en relieve, su balcón central, adornado con geranios y jazmines de Francia; el medio arco que sombreaba a un águila rampante que cobijaba con sus garras un escudo, todo era austero y solemne. Allí, en aquella casa, habían vivido unos nobles señores que en el convento frontero tuvieron noble enterramiento, señores de linajuda estirpe y escasas rentas, muy religiosos, muy buenos, cuya vida se redujo a cruzar la plaza, entrar en el convento, asistir a coro y a pasear luego por sobre la hierba erguida, a la sombra de los olivos, que crecen en el jardín conventual.

Entré en el portal de la casa de mi tía, y con la vista baja, sin fuerza apenas, golpeé una aldaba; en mi actitud había el mismo temor del mendigo vergonzante. El aldabonazo resonó hueco en las escaleras y en mi corazón... Volví a llamar, y sobre las vi-

gas del techo sonaron unas pisadas recias. Aun tardó un rato en oírse una voz de mujer que gritó:

— ¿Quién anda ahí?

Yo pregunté:

— ¿Está Doña Griselda?

— ¿Y usted quién es?..

— Soy su sobrino; dígame que está aquí su sobrino.

Resonaron de nuevo sobre las vigas gruesas las pisadas recias; quedó en silencio el portal, y yo arriado a la puerta cogiendo con una mano el llamador de hierro, como si temiese un nuevo golpe en mi corazón. Un momento vacilé entre huir, prosiguiendo mi camino, o esperar la contestación. Parecía que mi alma se había convertido en algo despreciable, empequeñecido y triste. Estaba emocionado y enternecido, y al tiempo de rechazar la tentación, se abrió la puerta y una moza me hizo subir guiándome a través de largas estancias a una sala donde, en el hueco de una ventana, sentada, con un libro sobre el regazo, hallábase mi tía, Doña Griselda de Belbís.

Miróme impassible, me tendió una mano, que besé fervorosamente, y con la otra extendida me indicó que tomase asiento.

— ¿Eres tú mi sobrino? ¿Eres tú aquel mocito travieso, hijo de Claudio, el mayor de los varones, verdad?.. Me escribió hace tiempo tu padre, poco antes de morir el pobre, y decíame que eras un bigardón, un rapaz díscolo y pendenciero, que no podía hacer bueno de ti. ¿Es verdad?

— No, señora, contesté humilde, el pendenciero fué mi hermano, el que me seguía a mí, el que murió e hizo morir de disgustos a mi padre. Aquél era un bigardo como dice usted muy bien, tía.

Mis falsas palabras parecieron agrandar a la buena

señora, que me miraba dulcemente, con sus lípidos ojos azules.

Su boca, de finos labios, conservaba una expresión triste, y su frente era amplia, blanquísima, brñida como una patena. Ante aquella figura anciana y prócer sentía una fuerte necesidad de ternura, y un profundo encanto dulcificaba mi alma que, atormentada, nunca sintió como entonces semejante destello de paz, que bajaba hasta ella iluminándola, sahumándola, purificándola. En Doña Griselda reaparecía la mansedumbre de los viejos Belbís, canónigos, campesinos y soldados. Ella había sido la única hembra a la que sus hermanos quisieron con un intenso cariño, y era la única directa descendiente de aquella familia piadosa que finaba en ella, cerrándose tal sucesión con un broche tierno y virginal en figura de paloma todo candor.

Yo permanecía ante ella cohibido e irresoluto. Por fin me atreví a revelar mi situación.

— Tía, yo estoy enfermo y pobre; necesito reponerme; aquí, a su lado, podría curarme... He pensado que usted, mi buena tía, podía ser mi buena hada.

Doña Griselda me escuchó con una dulce sonrisa y así que terminé de hablar, en su boca, en su rostro todo, había una triste expresión.

— Quédate aquí. Mañana hablaremos. Reza y duerme esta noche...

Aun charlamos algunos instantes. Por la ventana abierta a la plaza llegaban hasta la estancia los puros perfumes del jardín conventual. La tarde era clara, iluminada por una luz blanquecina. Con la irregularidad de los sueños vi algunos episodios e imágenes de mi pasado turbulento, y oprimido por tímida angustia, necesitaba estar solo, afrontar mi situación, y besando la mano de mi tía, salí de la

estancia hacia la alcoba que me había destinado. La criada preparaba las almohadas sobre una cama antigua de dorado retablo, que iba a ser mi lecho... Y sentí un nudo en mi garganta y terminé por llorar.

II

A la mañana siguiente, muy temprano, me despertaron las campanas del convento de clarisas. Un rayo de sol penetraba a través de los cristales de la ventana. La cima de los árboles del jardín conventual recortábanse en el primer cristal empañado por el rocío.

Fijé mi atención en todo lo que adornaba mi alcoba y entre el tibio calor de las sábanas sentí que una honda de paz me inundaba suavemente. Sobre una cómoda había un fanal que cubría una imagen de San Julián, con su carita de adolescente, su sonrisilla ingenua, su traje pulido y afeminado, hecho para bailar minués, su empolvada cabellera, su camisola de chorreras y el inocente pajarillo apoyado en su diestra. Las paredes claras, con ramos pintados sobre las puertas, tenían aire anticuado, alegre y sencillo, que hacía recordar la vejez de la casa, y sobre el alféizar de la ventana, y sobre un velador, había una porción de manzanas, todas bonitas, coloradas, bien hechas, como un fruto artificial lleno de gracia y finura.

A mi memoria venían con frecuencia las palabras de Doña Griselda: «Mañana hablaremos.»

Me vestí, me aseé y luego fui en busca de mi tía. La hallé en la misma estancia donde la había encontrado la víspera. Su traje era sencillísimo, negro, y hacía resaltar la elegancia de su cuerpo, un tiempo gentil. Un collar de cuentas de abalorio rodeaba su cuello.

Al acercarme a ella me miró con curiosidad compasiva, con la curiosidad con que se mira a una criatura desventurada.

Yo le dije:

—Tía, me encuentro muy a gusto. ¡Qué hermoso es todo esto!

Sin contestarme salió de la sala, indicándome que aguardase. Yo le seguí con la vista, mientras se alejaba, y se me ensanchaba el corazón. Iba a vivir tranquilo en aquella casa, donde mi murria y mis dolencias terminarían... Iba a hacer una vida sosegada bajo la tutela de mi tía, bajo el techo que a ella cobijaba, iba a experimentar el bien que sus manos santificadas por el mucho que esparcieran serían capaces de donarme...

Así pensaba cuando apareció de nuevo y me dijo en voz baja entregándome conmovida un lío atado por un pañuelo.

—Toma esta docena de manzanas. Es lo único que te puedo dar... Ellas pueden obrar el milagro de tu ventura; no lo olvides...

»Las he tenido a madurar, prosiguió, al lado de San Julián. Son del pomar que yo cuido y repara que son lindas como los «carambeles» de mayo... Ya puedes irte; que te pongas sano y lucido como lo están las manzanas...

III

Desengañado, vuelto a mi desamparo cuando ha-

bicundas manzanas de Doña Griselda. ¿Por qué me había dicho que ellas podrían obrar el milagro de mi ventura? Pensando en esto, las contemplaba como se contempla un símbolo pagano indescifrable y las extendí sobre la hierba, donde relucieron como las manzanas de la gracia, como un halago para los ojos. ¡Que ellas labrarían mi ventura! ¡Sueño vano de mi beata tía!

Pero el caso es que las manzanas lucían mismamente como el oro y que me atraía su brillo, y que una que se deslizó rodando hasta un regato, me apresuré a cogerla con cariño. Eran una docena justas, y he aquí que comencé a mirarlas como miraría aquellos frutos que se vuelven oro al conjuro de un exorcismo o a aquellos de oro que se vuelven lo que han sido, tierra negra, al hincarles el diente... Una gran laxitud invadió todo mi ser y me dormí al lado de mis manzanas.

Y soñé..., soñé con ellas. Que comenzaban a rodar una tras otra y que yo, detrás de ellas, corría locamente hasta darles alcance; que luego había ido cambiando algunas a los pastores por queso y por miel, y que el resto, cada vez más crecidas — pues las sentía agrandarse en mi mano como un fruto de leyenda — me las habían ido comprando, y que por cada una me entregaban monedas de reluciente oro, como la color de las manzanas puestas al sol. Habían obrado en mí la ventura deseada por Doña Griselda. Me enseñaron a correr diligente como se corre tras la posesión de lo que alguien quiere arrebatarnos; a trocarlas por sabrosa miel y sabrosa nata y redondas monedas. Mi indolencia, a causa de todos mis males, estaba curada; sentíame ágil, capaz de guardar lo mío y de hacerlo producir y de darle su justo valor...

Y desperté radiante de gozo y al abrir los ojos vi con espanto que un bando de gorriones se entretenía en picar mis manzanas, aprovechándose de mi sueño.



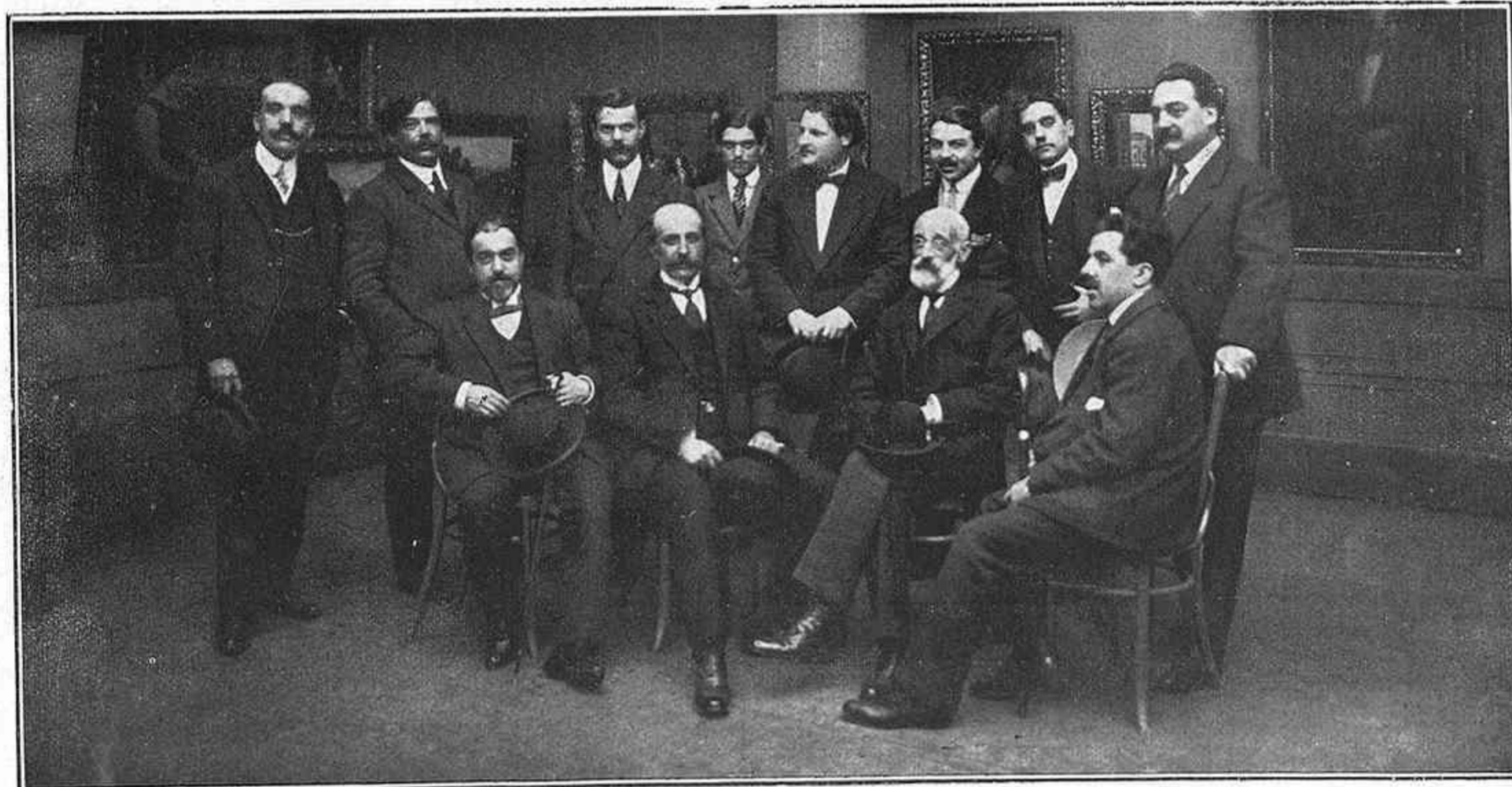
Maternidad, cuadro de J. M.^a Tamburini. Exposición del Círculo Artístico. (Fot. de F. Serra.)

BARCELONA

EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO ARTÍSTICO

En los magníficos salones del Círculo Artístico celébrase actualmente una interesantísima Exposición de Primavera, en la que nuestros principales pintores y escultores figuran con notables obras que dan idea del alto nivel alcanzado por las Bellas Artes en nuestra ciudad.

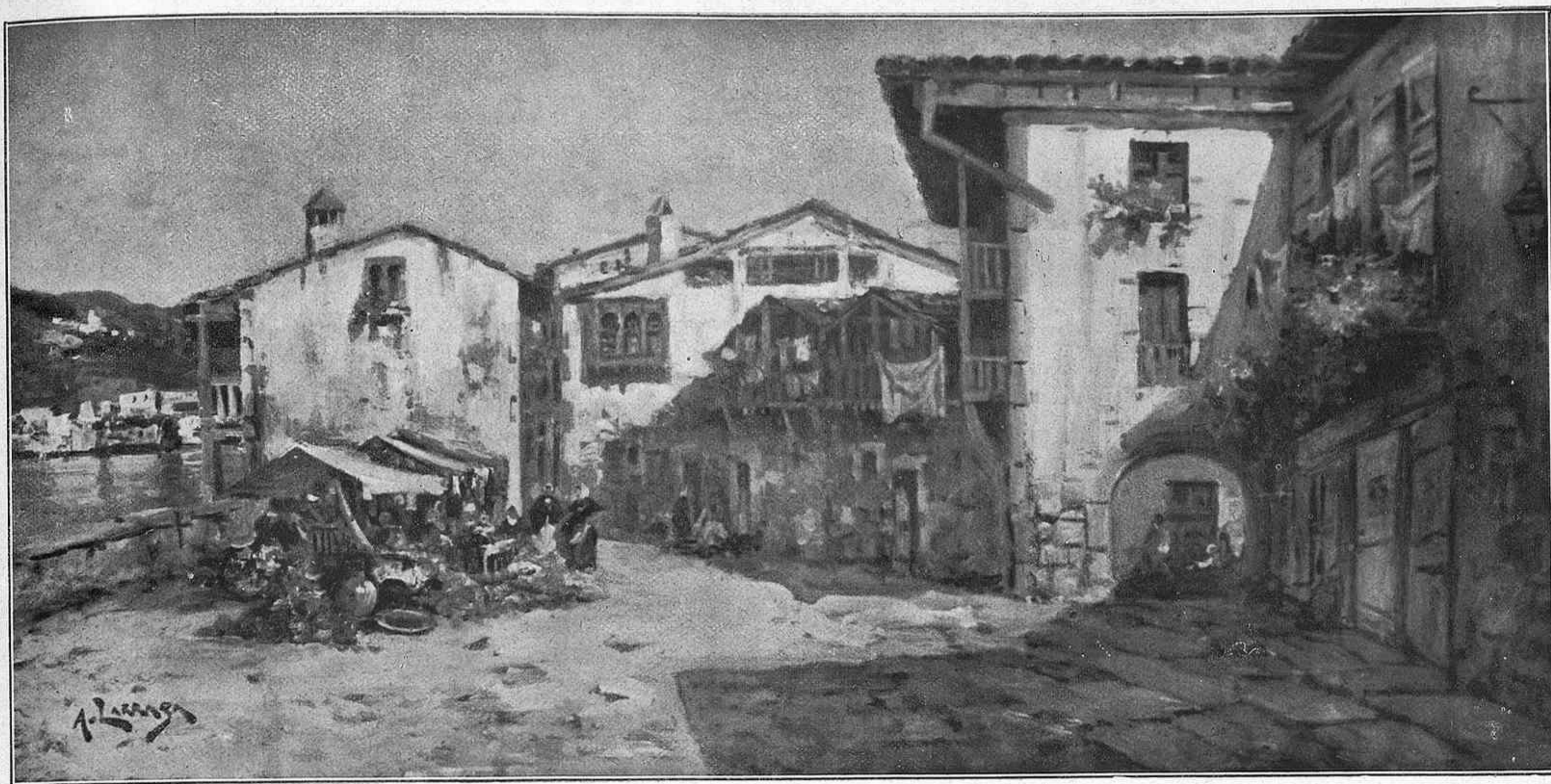
Citando los nombres de los artistas expositores, se verá que han concurrido a la exposición muchas de las primeras firmas que son honra del arte barcelonés: Agudo, Alajá, Blay, Beltrán, Centellas, Cortés, Casals, Cantó, Cardunets, Casas Abarca (P.), Durán, Freixas Sauri, García Escarri, Gili y Roig, Gustá, Galofre Oller, Larraga, Lorenzale, Lasarte, Llobet, Llops, Montserrat, Moner, Masriera, Marquet, Moisés, Martí, Mascart, Oslé (M. y L.), Pascual, Pizá, Ridaura, Romeu, Rafols, Roig, Saló, Sans-Castaño, Sans, Tamburini, Tarré, Torrecasana, Tolosa y Vallhonrat. Como se ve, al lado de los que pudiéramos llamar veteranos, figura la gente joven; y esta circunstancia presta mayor aliciente a la exposición, haciendo que en ella se admiren al mismo tiempo las producciones de los que aun siguen las gloriosas tradiciones de la generación que tanto esplendor dió a Barcelona y las de los que a impulsos de nuevas ideas y de otras tendencias, se afanan por buscar nuevos horizontes artísticos y dar al arte catalán nuevas orientaciones.



Barcelona. — Grupo de artistas que exhiben obras en la Exposición del Círculo Artístico
De pie (De izquierda a derecha): Sres. Sans Castaños, Larraga, Freixas Sauri, Alajá, Beltrán, Pizá, Rafols y Durán
Sentados: Sres. Lasarte, Llorens, Lorenzale y Oslé (L.) (De fotografía de A. Merletti.)

un robleal frondoso que me invitó con su sombra a reposar. Llevaba todavía atadas al pañuelo las ru-

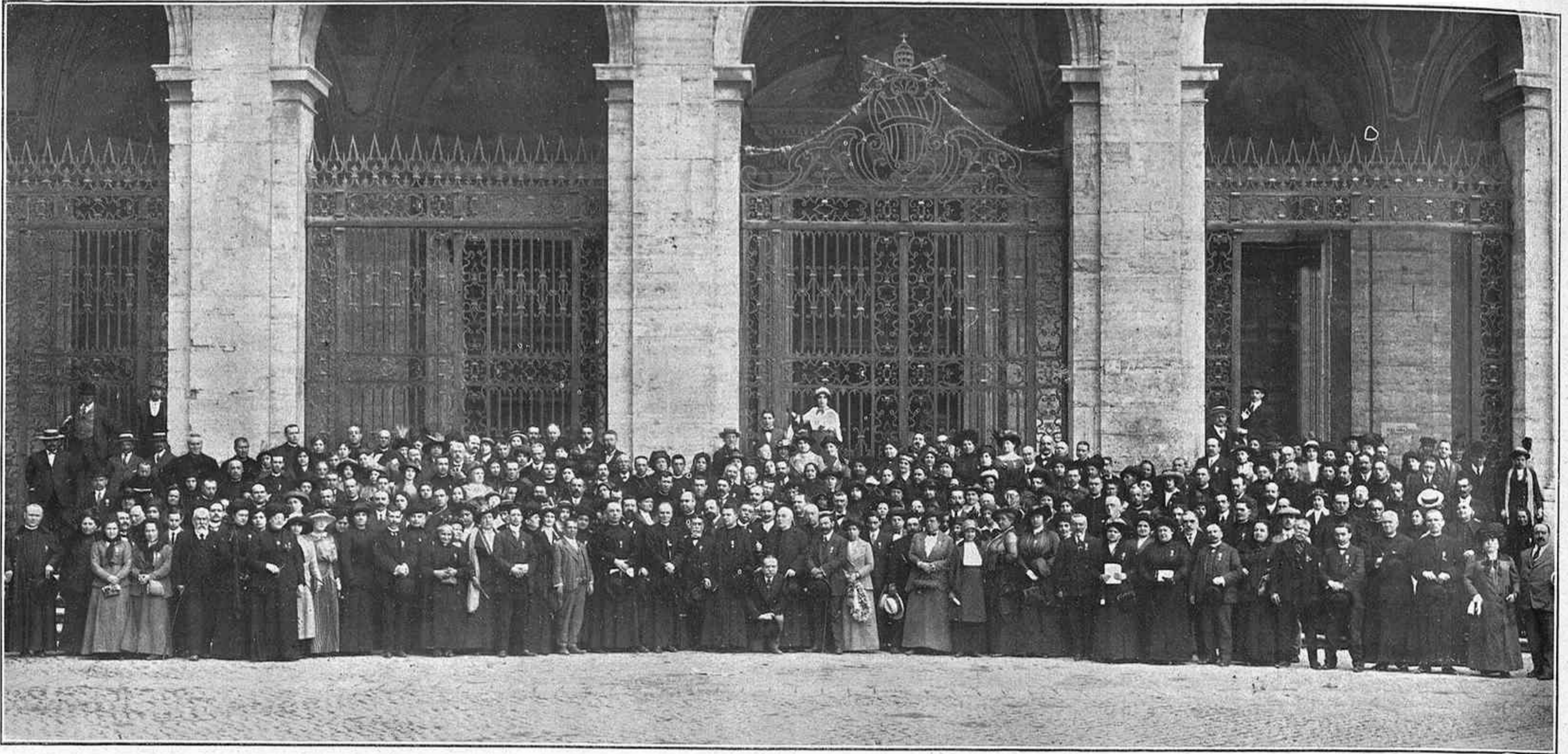
celona y las de los que a impulsos de nuevas ideas y de otras tendencias, se afanan por buscar nuevos horizontes artísticos y dar al arte catalán nuevas orientaciones.



Una calle de pueblo, cuadro de A. Larraga



Un cuento de Andersen, cuadro de Luis Masiera. (De fotografías de F. Serra.)



Roma. - La peregrinación catalana en la basílica de San Pedro. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

ROMA. - LA PEREGRINACIÓN CATALANA

Presidida por el sabio y virtuoso obispo de la diócesis barcelonesa, Dr. Laguarda, ha estado recientemente en la ciudad eterna una numerosa peregrina-

Suspendidas por expresa orden facultativa las audiencias del Sumo Pontífice, los peregrinos no pudieron ser recibidos por S. S. Únicamente logró tal honor el Dr. Laguarda, a quien el Santo Padre expresó su satisfacción por el grande e intenso movimiento católico social de Barcelona, felicitando por ello efusivamente al ilustre prelado y a la Junta diocesana.

El último día de su estancia en Roma, fueron los peregrinos recibidos por el cardenal secretario de Estado, monseñor Merry del Val, en representación de S. S. La recepción se efectuó en el suntuoso salón ducal del Vaticano y en ella pronunció un sentido discurso el Dr. Laguarda, expresando los sentimientos profundamente religiosos del pueblo barcelonés, que se han manifestado por modo elocuente en las últimas fiestas constantinianas, y rogando a monseñor Merry del Val que transmitiese estos sentimientos al Santo Padre, a quien los barceloneses aman de todo corazón y seguirán amándole mientras alienten.

El cardenal secretario de Estado contestó acep-

PARÍS.-MONUMENTO A CATULO MENDÉS

El día 18 de este mes inauguróse solemnemente el monumento erigido en el cementerio de Montparnasse a la memoria del gran poeta Catulo Mendés.

Bien puede afirmarse que todo el mundo de las Letras y de las Artes parisienses concurrió a aquella ceremonia, que comenzó con un discurso hermosísimo de Edmundo Rostand.

Hablaron también en términos elocuentes el conocido autor dramático Courteline, en nombre de los amigos de Mendés, Brissón, presidente de la Crítica Dramática, la celebrada novelista Daniel Lesueur, vicepresidente de la Sociedad de Literatos, y los señores Lesenne, por el Recuerdo francés, Roberto de Fleers, por la Sociedad de Autores Dramáticos, y Hauses en representación de *Le Journal*,

HARO

INAUGURACIÓN DE LAS OBRAS DE UN FERROCARRIL

El ministro de Fomento, Sr. Villanueva, inauguró el 18 de este mes las obras del ferrocarril de Haro a



París. - Monumento erigido en el cementerio de Montparnasse a Catulo Mendés, obra del escultor Augusto Maillard, recientemente inaugurado. (De fotografía de Carlos Delius.)

ción de la que formaban parte conocidísimas personas de nuestra sociedad.

La primera visita de los peregrinos fué para el Vaticano y la basílica de San Pedro, habiendo admirado las preciosidades artísticas que encierran ambos monumentos y sobre todo los museos de la residencia del Romano Pontífice que tantos tesoros guardan.

Visitaron, además, las principales iglesias de Roma, el Coliseo, las catacumbas de San Calixto, últimas descubiertas, y, en una palabra, todo cuanto hay digno de verse en aquella hermosa capital.

Muchos y muy solemnes fueron los actos religiosos a que asistió la peregrinación; el más grandioso de todos ellos fué el Tedéum que se cantó en el Vaticano, en acción de gracias por el feliz restablecimiento de S. S. el papa Pío X, y al cual concurrieron 80.000 fieles.



Haro. - El ministro de Fomento Sr. Villanueva inaugurando las obras del ferrocarril de Haro a Escaray. (De fotografía de Visler.)

tando el homenaje en nombre de Pío X, de quien dijo que agradecía las muestras de cariño de los peregrinos y que seguía con interés vivísimo el movimiento católico de Cataluña sabiamente dirigido por el Dr. Laguarda. Terminado su discurso, monseñor Merry del Val bendijo a los peregrinos y distribuyó entre ellos medallas-recordatorios.

Escaray. Bendijo las obras el párroco de la población y éste, el ministro y los gobernadores civil y militar echaron las primeras paletadas, después de lo cual pronunciaron discursos el párroco, el alcalde, el concesionario del ferrocarril Sr. Escoriaza y el ministro.

Terminado aquel acto, celebróse un banquete oficial, al que asistieron 110 comensales. - S.

SUECA. - MONUMENTO A LAS VÍCTIMAS DE CULLERA

En la Plaza Mayor de Sueca se ha erigido un monumento a la memoria del juez D. Jacobo López Rueda, del actuario don Fernando Tomás y del alguacil D. Antonio Dols, que fueron



Sueca. - Monumento levantado en la Plaza Mayor para honrar la memoria de las víctimas de Cullera.

villanamente asesinados por las turbas revolucionarias en Cullera el día 18 de septiembre de 1911.

Para asistir a la inauguración llegaron el día 18 de este mes



Grupo de autoridades que asistieron a la inauguración del monumento

(De fotografías de V. Barberá Masip.)

Terminada la ceremonia religiosa, formóse el cortejo por el orden siguiente: los maceros, alguaciles, magistrados y empleados de las Audiencias territorial y provincial, el vicepresidente de la Diputación, el general Orozco y el diputado Sr. Serrano, en representación del gobernador. La procesión cívica llegó hasta la plaza en donde se alza el monumento, alrededor del cual hallábase congregado todo el pueblo.

El juez de Sueca D. Juan Razody pronunció un elocuente discurso enalteciendo el valor, la abnegación y los méritos de que dieron prueba los mártires a quienes se rendía aquel homenaje de admiración. Habló después el fiscal de la Audiencia D. Rafael Molina, expresándose en términos patrióticos y levantados. Finalmente, el presidente de la Audiencia territorial pronunció sentidas frases, haciendo la apología de los mártires

aplausos, procedióse a descubrir el monumento, estallando entonces una ovación formidable.

Concluido el solemne acto, dirigióse la comitiva a descubrir la lápida en la calle dedicada al juez asesinado, pronunciando el alcalde D. Emilio Fos una sentidísima necrología del señor López de Rueda.

Después celebróse en el Ayuntamiento una recepción, que estuvo concurridísima.

DE SANTA CRUZ DE TENERIFE

En la hermosa capital tinerfeña se han efectuado recientemente interesantes partidos de *foot-ball* entre los *teams* Victoria y Tenerife, que se han disputado una valiosa copa.



Santa Cruz de Tenerife. - Los dos «teams» de foot-ball que se disputaron la copa en el campo del Tenerife Sporting-Club. (Fots. González y Armas.)

a Sueca el general Orozco, en representación del capitán general de la región, y sus ayudantes, los concejales del Ayuntamiento de Valencia, el personal del arzobispado, los jueces de los distintos distritos de la capital y los de La Roda, Caldas de Reyes, Santa María de Nieva, Caravaca, Bujalance, Belchite, Ibiza, Puigcerdá, Barco de Avila, Tortosa, Cangas y Riot, el presidente de la Audiencia territorial, en representación del ministro de Gracia y Justicia, el fiscal de la Audiencia, en representación del fiscal del Tribunal Supremo, varios jefes y oficiales de la benemérita Guardia Civil y representantes de todas las autoridades de Valencia.

Los expedicionarios fueron recibidos con gran entusiasmo por todo el vecindario de Sueca, que se había reunido en la estación, en donde una compañía del regimiento de Otumba, con bandera y música, tributó los honores de ordenanza. La comitiva se dirigió, entre los incesantes aplausos del público, a la iglesia para oír una misa en sufragio de las víctimas; en la puerta del templo estaban formadas las tropas y autoridades, y durante el oficio divino una escuadra de gasteros dió guardia al altar.

de Cullera, elogiando a los jueces que habían acudido de lejanas tierras a Sueca para tomar parte en aquel homenaje y exhortándolos a seguir el alto ejemplo dado por el juez Sr. López de Rueda, cuyo valor le ha hecho acreedor a ser considerado hijo predilecto de la Justicia.

Pronunciados los discursos, que fueron acogidos con grandes

Formaban el Victoria: Francisco Rivero, José Prada, Francisco Jorge, Manuel García, Antonio Godoy, Francisco Medina, Rafael García, Juan Marrero, José Gonçalves, Francisco Santana y José Santana; y el Tenerife: E. Caulfield, Pordage, Pérez, Luis B. de Lugo, Bello, Cabrera, Dawidson, Franky, Caulfield (W.), Corbella y del Pino.

Después de una reñida lucha, en que se hicieron jugadas admirables, quedó triunfante el *team* Victoria.

Por la noche, el presidente del *team* Tenerife obsequió a los jugadores con un espléndido banquete que se celebró en el Hotel Colón y en el cual reinaron gran animación y cordialidad.

En la propia capital se ha celebrado por vez primera una fiesta de aviación a cargo del célebre aviador Garnier. Al efecto, improvisóse un aeródromo, al que acudió enorme concurrencia deseosa de presenciar aquel espectáculo enteramente nuevo para los tinerfeños. El aviador, a quien acompañaba el ingeniero señor Santa Cruz, efectuó un magnífico vuelo, elevándose a la altura de 700 metros; pero al aterrizar, el aparato chocó violentamente contra el suelo, sufriendo grandes desperfectos. El público ovacionó a Garnier.



Santa Cruz de Tenerife. - El monoplano Bleriot del Sr. Garnier (x) momentos antes de efectuar su vuelo. (De fotografía de González y Armas.)

Plano de Rueda, cuyo valor le ha hecho acreedor a ser considerado hijo predilecto de la Justicia.

Pronunciados los discursos, que fueron acogidos con grandes

Plano de Rueda, cuyo valor le ha hecho acreedor a ser considerado hijo predilecto de la Justicia.

Pronunciados los discursos, que fueron acogidos con grandes



EL LIBRO DE CORO, cuadro de E. Maxence. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

El autor de este cuadro dedícase a evocar las figuras medioevales y lo hace con tal maestría, que, al contemplar sus obras, no sólo vemos la parte externa de los personajes, sino que, además, podemos ahondar en sus almas, y casi adivinar cómo piensan y cómo sienten. En punto a ejecución, Maxence es un verdadero maestro que domina la técnica; sus lienzos son de una corrección y de una elegancia imponderables, cualidades que avaloran una sobriedad grande, una ausencia absoluta de efectismos, que, las más de las veces, sólo sirven para ocultar deficiencias y atraer a incautos.



ENIGMA, cuadro de Gabriel Nicolet. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

Expresar un estado de alma constituye uno de los problemas más difíciles para el artista; así es que de los que triunfan en este género bien puede decirse que han llegado a gran altura en el cultivo del arte. El pintor francés Nicolet es uno de ellos y el cuadro que adjunto reproducimos prueba hasta qué punto sabe hacernos sentir la vida anímica del personaje por él observado. Hay realmente un enigma en esta figura, enigma que se lee al través de aquella frente pensativa y que se transparenta en aquellos ojos de mirada vaga y al mismo tiempo concentrada, expresión perfecta de una grave duda.



Barcelona. - Banquetes celebrados por la colonia cubana para solemnizar el duodécimo aniversario de la proclamación de la República de Cuba. - En la Maisón Dorée

BARCELONA. - NOTAS DE ACTUALIDAD

La colonia cubana. - Para solemnizar el undécimo aniversario de la proclamación de la República de Cuba, la colonia cubana residente en esta ciudad celebró dos banquetes, uno de carácter popular, por la tarde en el restaurán El Rhin, y otro oficial por la noche en la Maisón Dorée.

El salón del citado restaurán hallábase adornado con multitud de escudos y banderas cubanas y con retratos de personalidades ilustres de Cuba. Antes de empezar el banquete, que presidió el cónsul de Cuba en Barcelona, D. Joaquín Alsina, ejecutó el Himno cubano que los concurrentes oyeron de pie y aplaudieron con entusiasmo.

Al final de la comida, el señor D. Arturo Roca, en nombre de la comisión organizadora de la fiesta, que formaban, además de él, los señores D. Santiago Alorda, D. Agustín Peris y D. Eduardo Ariño, pronunció un patriótico discurso, evocando el recuerdo de los que se sacrificaron por la independencia de Cuba y demostrando el alto grado de prosperidad alcanzado por el país cubano en los últimos años.

Pronunciaron asimismo elocuentes brindis los señores Alorda, del Vallé y Alsina, siendo todos muy aplaudidos.

Al banquete de la Maisón Dorée, que presidió también el cónsul de Cuba, asistieron, además de los elementos oficiales, numerosas y distinguidas personalidades de la colonia cubana, los corresponsales de los periódicos de Cuba y los representantes de la prensa local.

Antes de comenzar la comida, todos los concurrentes firmaron el artístico pergamino que se dedica al nuevo presidente

de la República cubana D. Mario G. Menocal.

El salón en donde se efectuó la fiesta estaba magníficamente decorado, destacándose en el testero las banderas de España y de Cuba entrelazadas y cubiertas de flores. Ocupó la presidencia el Sr. Alsina, quien tenía a sus lados a D. Federico Rahola, en representación de la Casa de América, al marqués de Villanueva y Geltrú y a los señores de Lamadrid, Huertas, presidente del Casino Hispanoamericano, y Castelló. Durante el banquete, un quinteto tocó escogidas composiciones, algunas sobre aires cubanos.

Inició los brindis el Sr. Rahola, en nombre del presidente

Habana y finalmente el Sr. Alsina, quien lo hizo por la prosperidad de España, por la ventura de S. M. el rey D. Alfonso XIII y por Cuba y su presidente.

Todos los brindis fueron acogidos con grandes aplausos.

Al terminar los suyos los señores Rahola y Alsina, el quinteto ejecutó el Himno nacional cubano y la Marcha Real española, que todos los comensales escucharon de pie.

La corrida de la Asociación de la Prensa diaria de Barcelona. - Un éxito completo fué la corrida de toros que, organizada por la Asociación de la Prensa diaria de Barcelona, se efectuó en la Plaza Nueva el domingo, día 18 del actual.

Desde mucho antes de empezar la fiesta los alrededores de la plaza ofrecían animadísimo aspecto y una muchedumbre numerosa presenciaba el desfile de coches, automóviles y tranvías que no cesaban de llevar gente a las Arenas.

En el interior del circo, la animación era también muy grande; todas las localidades hallábanse ocupadas y en los palcos y sitios de preferencia veíanse a las más distinguidas

familias de nuestra capital. Las columnas de los palcos estaban adornadas con ramas de palmeras y grupos de flores, y de los palcos centrales pendían guirnalda de flores y ramaje. En el de la presidencia, sentáronse las bellísimas señoritas Carmen y Montserrat Ribas y Fabra, Conchita Ibarra, Aurelia Maristany, Peralta y Rocamora, que vestían elegantes trajes y lucían mantilla y mantón de Manila.

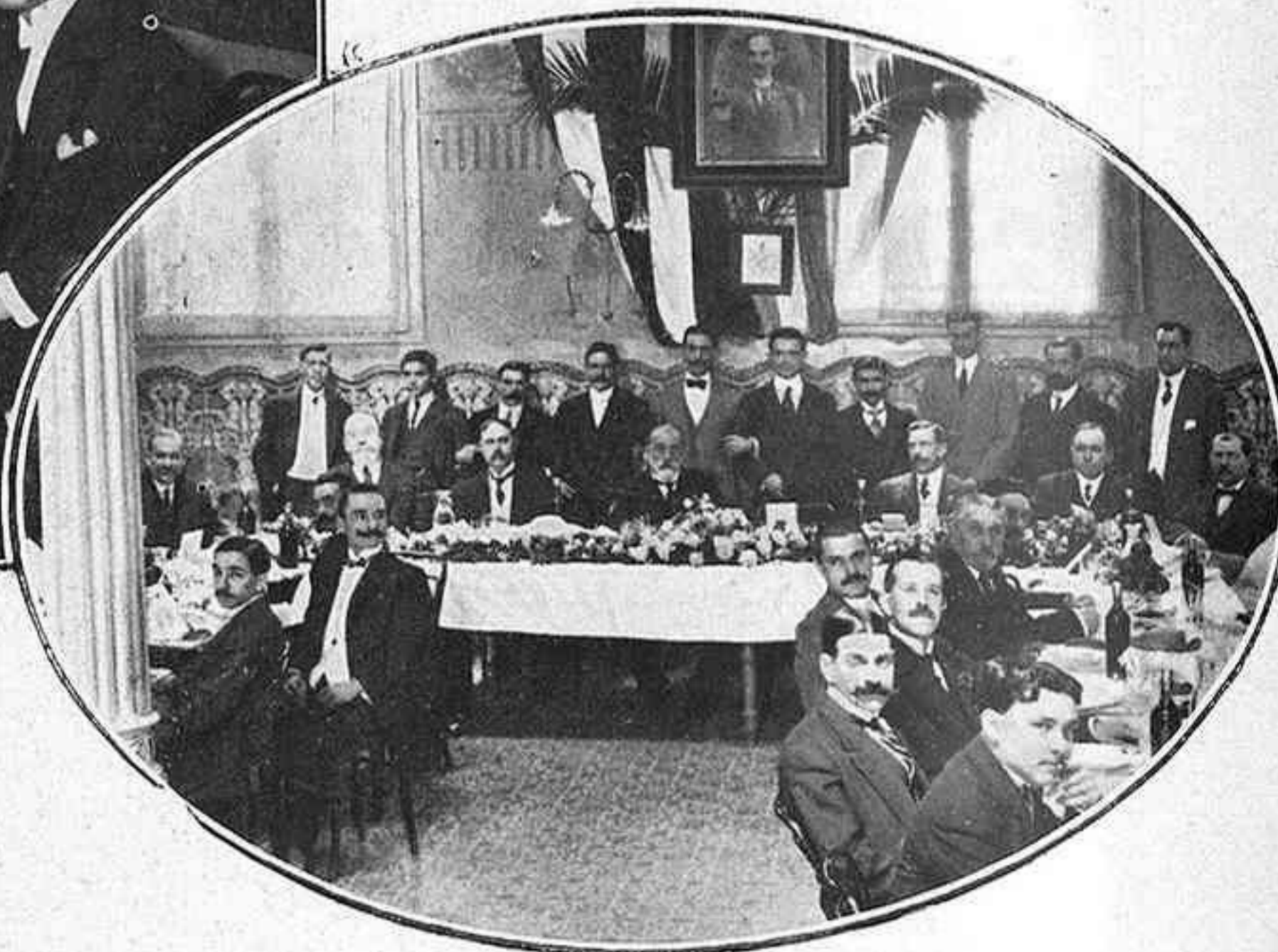
Después de un brillante paseo de las cuadrillas, comenzó la corrida, en la que se lidiaron tres toros de Veragua, tres de Pérez de la Concha y tres de Santa Coloma, que fueron estoqueados por los diestros Machaquito, Gallo y Cocherito de Bilbao. El jurado designado para otorgar un premio al mejor toro lo concedió a uno de la ganadería de Santa Coloma.

PARÍS.-EL GUIGNOL DE HISTORIAS NATURALES

El conocido actor parisiense Felipe Garnier ha tenido la buena idea de transformar el carácter del tradicional *Guignol*, haciendo de esta diversión una verdadera escuela educativa e instructiva para los niños, quienes, hasta ahora, sólo aprendían en ella las tretas del protagonista, que se burlaba de todo lo divino y humano.

Garnier ha substituído el repertorio corriente en esta clase de espectáculos por entretenidos apólogos y conocidas fábulas de provechosas enseñanzas, y las figuras de los polichinelas por figuras de animales, y el éxito más satisfactorio ha coronado su obra digna de las mayores alabanzas.

El nuevo *Guignol*, que se titula de historias naturales, ha sido instalado en un ameno sitio del Jardín de Plantas.



En el restaurán El Rhin. (Fotografías de A. Merletti.)



Barcelona. - Corrida de toros efectuada en las Arenas a beneficio de la Asociación de la Prensa diaria. - La presidencia. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

de la Casa de América, Sr. Viñas y Muxí, a quien una desgracia de familia había impedido asistir a aquel acto, expresando



París. - El Guignol de historias naturales instalado en el Jardín de Plantas. (Fot. de Harlingue.)

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LOS FABRECÉ

NOVELA ORIGINAL DE PAUL MARGUERITTE. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

- Al instinto se le domina. ¿De qué servirían la voluntad y la inteligencia? Pero sé franco, la voluptuosidad que encuentras al lado de esa mujerzuela, ¿vale la felicidad normal que debes a tu joven esposa? ¿Qué hay de común entre el hombre que eres y esa pequeña actriz ligera? Mientras que con Armanda, ¡cuántos deberes, preocupaciones, goces y penas no compartís! Vamos, muchacho - Juan Marcos se enternece al oírse llamar así a los treinta y ocho años -, vas a hacerme el favor de liquidar en seguida esa aventura, consolar a tu esposa y ser para ella de hoy en adelante un irreprochable marido.

- Yo bien me digo, confesó Juan Marcos, que es una estupidez causarle pena por una distracción mediocre. ¿Qué quiere usted que le diga? Yo esperaba que ella acaso no lo sabría...

- Todo se sabe, ya lo ves. ¡Atrévete ahora a decir que tu conciencia no te acusaba de nada!

- ¡Ahora sí, padre, gracias a usted!

¿Quién había podido escribir aquel anónimo tan bien informado? Juan Marcos miró al Sr. Fabrecé con una buena mirada viril y respetuosa.

- Tiene usted razón... A mi edad, sería hora... No volverá usted a tener necesidad de hacerme semejantes reproches.

- ¿De veras?

- ¡Se lo prometo!

- Entonces, galopemos un poco; esas moscas enervan a los caballos.

Al apearse, encontraron un hombre con sombrero hongo, cartera debajo del brazo y ese aire equívoco que suelen tener los agentes de negocios, los curiales maleantes y los sabuesos de la policía; sin embargo, presentóse muy cortés y sin la arrogancia profesional de un oficio que le introducía en todas partes.

Era el alguacil, encargado de remitir a la señora Polotzeff, Simona Juana Clara Fabrecé, intimación de reintegrar el domicilio conyugal, volviendo a llevar a él los hijos nacidos del matrimonio; notificación hecha a ella misma o hablando a una persona afecta a su servicio.

Simona lo recibió con el rostro impasible y la mirada vaga, en presencia de su padre y de su hermano; y aquel hombre recogió, con un estilógrafo que sacó del bolsillo, la negativa de la señora Polotzeff.

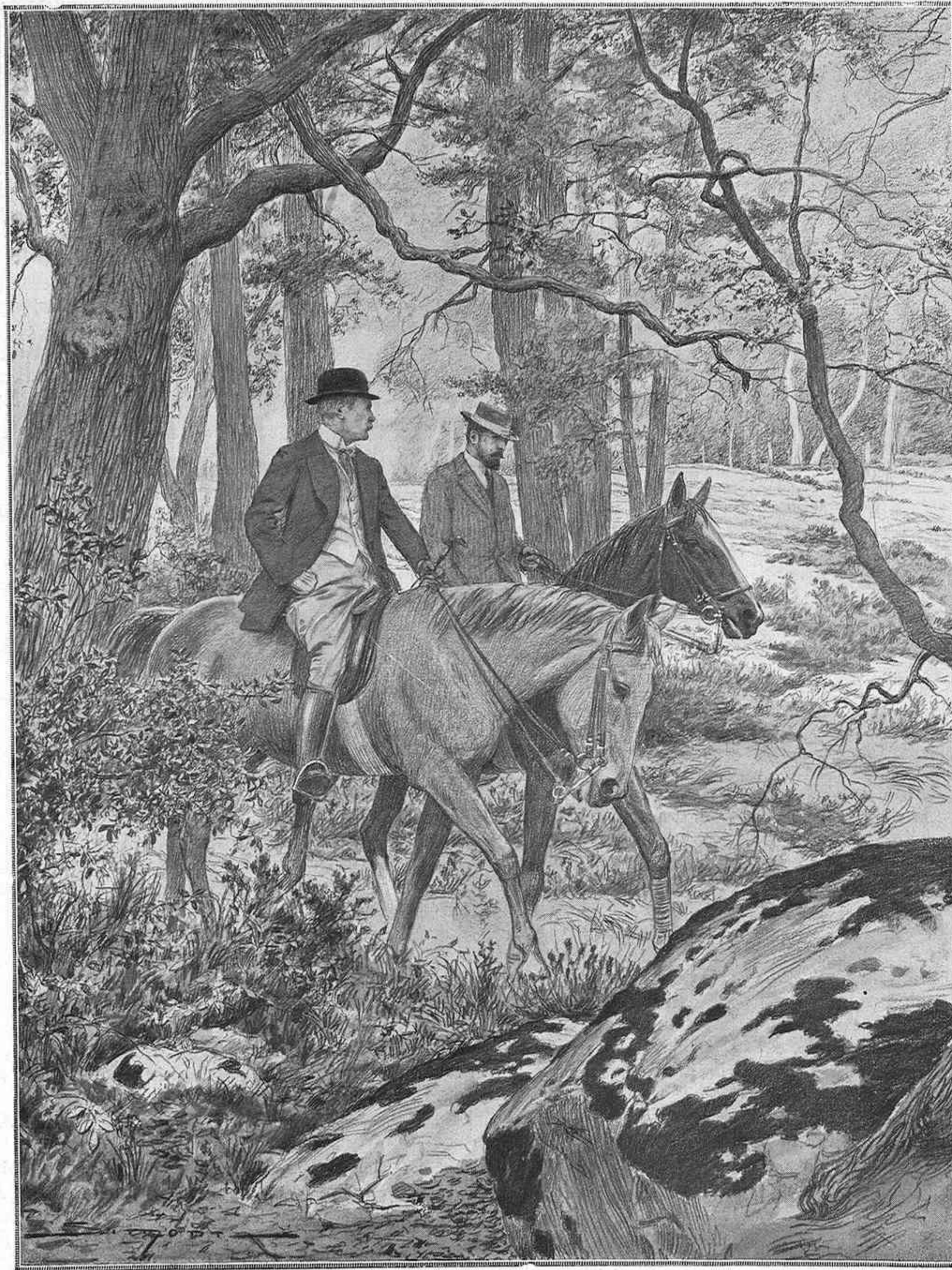
Hizo un profundo saludo y se retiró, seguido de las miradas fruncidas de los dos hombres. Había venido a pie y estaba acalorado.

El Chino trajo noticias de París. La señora Belloni, decididamente generosa aliada, estimaba, en razón de la conducta de Sergio, que no debían ya guardar ninguna contemplación con él. Ayudaría, pues, a los Fabrecé por todos los medios que tuviese a su alcance, buscaría testimonios, facilitaría los concursos indispensables para una investigación ante el tribunal.

Este interés combativo hizo sonreír involuntariamente a Juan Marcos:

- ¿Ese celo no es más que por Simona? Se me fi-

- Su padre le echó una filípica. Tenías razón. Me ha jurado todo lo que he querido. Contestóle una carcajada.



- Todo se sabe, ya lo ves. ¡Atrévete ahora a decir que tu conciencia no te acusaba de nada!

gura, Jaime, que la simpatía que inspiras a tu bella amiga entra por mucho en él.

- ¿Y aunque así fuese?, dijo el Chino con un poco de fatuidad.

- En tu lugar, yo no me fiaría. Es una Polotzeff; todos son malos o locos. ¿No te han contado los furros de la madre, que daba de latigazos a sus sirvientas cuando vivía en Moscú, y las locuras del padre borracho y desenfrenado? Un tío en un manicomio, otra hermana suicidada. Sí, sí, no lo supimos hasta después del matrimonio; como siempre, demasiado tarde.

- La señora Belloni no se les parece en nada, afirmó Jaime perentoriamente, con el fervor del hombre feliz.

Denigrar a su ídolo hubiera sido causarle pena. Juan Marcos habló de otra cosa. Sin embargo, hubiera preferido ver al Cónsul enamorado de alguna señorita: si no le gustaba Liana se encontrarían otras.

¿Había en su deseo algo de envidia de marido esclavo en presencia de la libertad del vecino? El caso es que se reconcilió con Armanda, que al día siguiente telefonó a Liana.

VIII

Cuando Oliverio había hecho compañía una hora o dos a Florencio en la convalecencia de su herida que se iba cerrando, éste buscaba de preferencia la compañía de Isabel y de Cirilo.

Estimulado por el «Caballero sin miedo y sin tacha», Florencio descubrió en sí una nueva manía.

Quería estudiar medicina: su afición a la historia natural le parecía una indicación, aunque había mucha diferencia entre mineralizar animalitos muertos y abrir cuerpos vivos con el escalpelo.

Lo que le tentaba era el apostolado de esta carrera. Florencio había deseado siempre ejercer su acción sobre los hombres, ya por el talento, ya por el saber.

¡Qué de ambiciones habían fermentado ya en él! Sucesivamente había soñado con ser músico, orador, pintor, filósofo, inventor, escritor...

Y pensaba ahora que pocas profesiones ofrecen como la de médico la ocasión de sacrificarse por la humanidad. Fatiga continua, espíritu alerta, una apasionada investigación científica, la bienhechora lucha contra las enfermedades y la muerte.

El ejemplo de Enrique Le Jas y algunas palabras de Oliverio contribuyeron a esa transformación; una confesión del oficial había impresionado de un modo singular su imaginación:

- Yo no sé, decía Oliverio, si la severidad de mi profesión ha sido una contención indispensable a la violencia de mi carácter.

Y a una protesta llena de asombro había añadido:

- Me conozco. Yo sé la fuerza de pasiones que llevaba en mí, los atractivos mal sanos que la vida y sus desarreglos me ofrecían. Estoy seguro de que me hubiera gustado abandonarme a ellos furiosamente; el desorden, el lucro, la lujuria, el juego me hubieran poseído.

- ¿Qué inventas ahí?

- La pura verdad. Bajo mi aire tranquilo, he tenido que hacer terribles esfuerzos para combatirme y vencerme. La esclavitud militar me enseñó a llegar al desprendimiento. Y cuando me quito el uniforme siento debilitarse mis resoluciones. Se me figura que mi nivel moral desciende.

- Exageraciones, escúpulos de hombre honrado.

- ¡Ah!, ¡la honradez! ¿Quién es verdaderamente honrado? El hombre necesita tutela, Florencio. Y si no es religioso, ¿dónde quieres que la encuentre sino en una estricta disciplina de vida?

Florencio había meditado mucho sobre estas palabras. Acababa de releer en las memorias de Saint-Simón el retrato del duque de Borgoña, ese vicioso ardiente, convertido por la aplicación en el más vir-

tuoso de los príncipes. Encontraba rasgos del duque en su propio carácter. Como el Delfín, Florencio en la infancia y también en la juventud, se había mostrado «duro y colérico hasta los últimos arrebatos, impetuoso con furor, incapaz de soportar la menor resistencia, entregado a todas las pasiones y aficionado a todos los placeres». ¿No seguía siendo igual? Por consiguiente era posible transformarse por medio de una paciencia energía y el rígido marco de una profesión de sacrificio.

Florencio se hallaba en uno de esos cambios de dirección en que la idea de su desarrollo intelectual y de su perfeccionamiento moral le asediaba: paradas breves, fugitivas curas de altura mental, entre dos avances impulsivos. El afecto de Isabel le mantenía en estas saludables disposiciones. Le había confesado que su herida no fué un accidente casual. Ella había sacudido la cabeza con melancolía.

«¡Ese Florencio!.. ¿nunca sería sensato?»

Aquella súbita afición a la medicina no la entusiasmaba. Los estudios eran muy largos: el muchacho tendría tiempo de hastiarse. ¿Por qué no seguía el camino trazado por Juan Marcos? Estaba ya familiarizado con todas las formas de la empresa Fabrecé: ¿por qué no había de hacerse un puesto como jefe desde luego y como socio de la casa más tarde?

— No, Isabel, con demasiada frecuencia, los hermanos acaban siempre por reñir. Juan Marcos y yo diferimos demasiado.

Isabel suspiraba.

Aquella hirviente ociosidad, aquel desbordamiento de arriesgada juventud le perdían.

— Tengo diez y nueve años y mi bachillerato, contestaba él; es cosa resuelta; quiero ser médico.

Y ya no leía más que tratados de anatomía. Los talleres en que había trabajado de buena gana, visitando la blusa azul o negra del obrero, ahora le causaban horror.

Sangre de Buey, el trigueño velludo, el gran Julio y otros camaradas le parecían lejanas figuras de pesadilla, tanto como los suboficiales de dragones, sus antiguos compañeros de francachelas. Ya no se veía más que estudiante, él que había despreciado a los escolares que hacían vida exuberante y alegre en bailes y cafés, entre mujercuelas y bocks.

La familia no le desaprobaba.

«Lo esencial, había dicho el Sr. Fabrecé, es que quiera hacer seriamente algo.»

Juan Marcos, escéptico, fruncía las cejas; Simona se había puesto colorada: aquella súbita vocación seguía de demasiado cerca la partida de Enrique Lejas para no recordarle — ¿era necesario? — la ausencia del joven doctor.

Oliverio e Isabel, que aun no habían podido encontrarse a solas, en la intimidad, porque hay, en la vida familiar y en las relaciones de los seres, misteriosas corrientes que tan pronto los apartan como los juntan, a merced de súbitos confluentes de pensamientos y de encuentros de sentimientos, hablaban al fin con frecuencia solos o leían en alta voz delante de Cirilo, quien, de oído sumamente sensible, escuchaba con gusto el timbre sobrio y la dicción clara de su cuñado.

Aquel día, Isabel, intuitiva, había conducido a Oliverio a la pendiente de las expansiones, cosa no muy fácil. A instigaciones de Sofía, Isabel había sentido gran curiosidad por saber algo de las señoras Sarnel, y Oliverio le habló de ellas como no hubiera podido hacerlo con ninguna otra de sus hermanas ni con su madre. Le refirió aquella existencia laboriosa y digna, aquella lenta asfixia de un alma superior, víctima del egoísmo y de la sequedad de los suyos; el oficial interesaba, por la sencillez de su relato, la curiosidad generosa de Isabel.

¿Cómo le hubiera gustado conocer aquella muchacha, de quien Oliverio, tan poco comunicativo, tan refractario a exagerar sus impresiones, hablaba con aquella sentida convicción!

— ¿Quieres que te acompañe un día? ¿No será una indiscreción? Preguntó Isabel. Estoy segura de que Cirilo, si me autorizas a no guardar secreta esta conversación, se alegraría de conocerla. Sabes cómo busca el cambio de ideas inteligentes y qué consuelo es eso para él.

Y repuso sin aguardar la contestación:

— ¿Por qué Mamá Reina no había de invitarla a pasar aquí una o dos semanas? Así escaparía a esa atmósfera opresora. La hermana de ese pobre Andrés Sarnel, cuya memoria nos has enseñado a amar, no encontraría aquí más que simpatías.

Oliverio vacilaba:

— Es muy tímida...

— Viviría a su antojo; nadie la molestaría. Se le podría dar el cuarto azul, junto a mis habitaciones.

— Tiene el pudor de su lisiadura.

Isabel pensó en su marido, tan desgraciado:

— Comprendo... pero haremos que nuestra hospitalidad le resulte grata... ¿Quieres que vaya mañana contigo a invitarla?

Isabel comprendía que, en el fondo, su hermano deseaba aquella distracción para la pobre muchacha aunque inquieto y quizá secretamente celoso de no tener ya sus entrevistas a solas con ella.

¿Pero acaso la veía a solas en su casa? ¿No estaba allí Julieta que se ahogaba de rabia? ¿No estaba allí la vieja Sarnel, que hablaba como un papagayo? ¿No estaba allí Marta, que se daba elegíacos aires de enamorada no comprendida?

Isabel declaró:

— Habría que sacarla de ahí.

— ¿Pero cómo?

— ¿No dijiste que había hecho sus estudios para el profesorado? ¿No tiene la licenciatura?

— En letras y en inglés. A no haberse lisiado, tendría hoy una plaza de profesora agregada en un gran liceo de provincia.

— ¿Es incurable?

— Los médicos no dan esperanzas.

Isabel sorprendió en el rostro de Oliverio una expresión de sufrimiento; acababa de bajar los párpados como sobre una imagen prohibida, pues apartaba la obsesión del triste misterio velado por las faldas, aquella pierna derecha atrofiada, torcida, sin fuerza, aquella pierna de niña de diez años.

¿No era abominable que semejantes injusticias físicas recayesen en un ser como ella?

— Escucha, dijo Isabel enternecida por lo que descubría, en su consciencia de mujer; Cirilo es hombre de buen consejo. Ha conservado relaciones y amistades en la Universidad. Sacaremos a la señorita Sarnel de su prisión.

— Hazlo, Isabel; eso será uno de tus mejores salvamentos.

— ¿Sientes por ella mucha amistad?, se atrevió a preguntar la hermana.

— Mucha.

— ¿Y ella por tí?

— Así lo creo.

— Oliverio...

— ¿Qué quieres decir?

Ella vacilaba, pero al fin le dijo, mirándolo en los ojos:

— Sientes por ella algo más que amistad, ¿sientes amor?

— Calla...

— ¿Por qué no te casas con ella?

A Oliverio se le demudó el rostro.

— Isabel, piensa lo que dices. Es una criatura superior, pero, ¿qué abismo nos separa!

— ¿Cuál?

— ¿Y lo preguntas?..

Su hermana ponía el dedo sobre el punto más sensible de su corazón. ¡Casarse con Isabel Sarnel! Oliverio había pensado en ello con la concentrada intensidad de su gran deseo. Pero su razón rechazaba semejante locura.

— Cirilo y yo nos amamos apasionadamente, dijo ella para convencerlo con un ejemplo irrecusable.

— No es lo mismo. Tú amaste a Cirilo, cuando sus ojos veían aún el resplandor del mundo y tu propia hermosura.

— ¡Le hubiera amado ciego!

Y se puso colorada, poniendo en estas palabras todo el fervor místico de su abnegación siempre pronta.

Él repitió:

— No es lo mismo. La señorita Sarnel no es apta para la maternidad.

— Es posible que te engañes.

— No, por penoso que sea y difícil de decir, lo he comprendido. ¿Es posible llevarme al Senegal o al Dahomey ese pobre cuerpo que se apoya en bastones para no caer? Además, yo no concibo el matrimonio sin sucesión.

Isabel replicó con doloroso acento:

— Cirilo y yo no tenemos.

— ¡Pero cómo sufres por eso, hermana mía! ¡Y él! Dispensa que haya despertado esa pena. Pero hay algo más: la señorita Sarnel no es responsable de su madre ni de sus hermanas; pero el matrimonio introduce en una familia, con una muchacha, a todos los suyos. Las Sarnel no honrarían mucho nuestra casa.

— Sin embargo...

— No, Isabel.

— ¿No eres demasiado absoluto? ¿Qué culpa tiene esa infeliz si es lisiada, incapaz de ser madre, y tiene una familia imperfecta?

— ¿Culpa? ¡Ninguna! Pero depende de fatalidades que ni ella ni yo podemos modificar. ¡Ah!, de lo contrario... Lo he reflexionado mucho. Hasta llegué

a decirme que podría pedir la licencia absoluta, casarme a pesar de todo con Isabel, vivir con ella una existencia fraternal y retirada, lejos del mundo...

— ¿Y bien?

— No me creo con derecho para obrar así y sacrificar mi misión de soldado sin provecho para nadie, con la mira de una felicidad egoísta y mutilada. Repito que no concibo el matrimonio sin estas condiciones; para eso, haría falta ser solo en el mundo, y yo no soy solo. Me siento solidario de mis hermanos y hermanas. No debo traer al seno de la familia sino una mujer que contribuya al desarrollo total de los Fabrecé.

— Hay más de una manera de ayudar a ese desarrollo, dijo Isabel. ¿Cuentas como nada la presencia de un alma de valor, de una moralidad perfecta, sí, como no dudo, la señorita Sarnel es tal como tú dices?

— Dejemos esta cuestión; me es demasiado dolorosa.

— ¡Mi pobre Oliverio!..

— No me compadezcas. Tengo valor.

— Eres estoico, pero sufres...

— Sí.

Isabel lo contempló con respeto, pero su clarividencia afectuosa iba más lejos.

— ¿Quieres permitirme otra palabra?, la última.

— Habla.

— En tu manera de razonar hay mucho orgullo, Oliverio. Todo es más sencillo.

No contestó él en seguida y bajó la cabeza. Se interrogaba a sí mismo:

¿Orgulloso, en el misticismo del sufrimiento aceptado, como Andrés Sarnel soportando la cuchilla del cirujano que le abría el vientre? Sí. ¿Orgullo de solitario, de apóstol; orgullo estéril quizá?

Él confeso:

— Es posible.

Tres días después, Isabel condujo la señorita Sarnel a Val-Montoir en automóvil. ¡No sin trabajo! La madre y hermanas de la lisiada habían opuesto una resistencia tenaz, como si les escapase la presa. Justamente había tanto trabajo, gemía la madre; y Julieta, acostumbrada a los cuidados de su hermana mayor, ¿no podría pasar sin ellos!

Marta opinaba que aquella invitación restringida les infería un insultante ostracismo.

¿Era posible que Oliverio prefiriese a Isabel cuando hubiese podido hacerla invitar a ella? Este era el cargo unánime: una rencorosa envidia, oculta bajo sonrisas amargas, contra la que «tenía suerte», y que el portero y el mozo de cuerda de la esquina tuvieron que bajar, temblorosa por la escalera, mientras que Isabel llevaba, evitando dar con ellas contra el pasamano, las muletas cauchotadas.

Después de un feliz trayecto, en que el sentirse las manos cariñosamente apretadas por las de Isabel le causaba una profunda emoción, la señorita Sarnel volvió a sentirse sobrecogida de temor y angustia al llegar a Val-Montoir.

Oliverio se encontraba en la marquesina, Sofía detrás de él, y madama Charnot y sus hijas, la señora Lesgor y Liana, acompañadas de Armanda, se adelantaron rápidamente por entre las flores del jardín, a fin de no perder el menor detalle de aquella llegada.

Oliverio las hubiera enviado noramala. Era un contratiempo que la familia de su cuñada se hubiese presentado inopinadamente a almorzar, y que el banquero Lesgor, a quien él no podía sufrir, viniese a reunirse con ellos para comer.

No era su amor propio lo que le causaba aquel malestar irritado; compadecía a Isabel, rodeada de tanta gente desconocida en el momento de bajar del auto.

¡No importa! Ella le sonreía: sus admirables ojos contestaban a su mirada. ¿Qué importaban aquellas espectadoras frívolas, empenachadas y habladoras? Ayudado de su hermana Isabel, sostuvo a la lisiada, a quien Sofía acogió con amabilidad.

Las dos se llevaron a la señorita Sarnel, y Oliverio cubrió la retirada.

IX

Liana, sermoneada por Armanda y sostenida por Gisela — nunca las tres hermanas habían estado tan unidas — intentaba otra maniobra ofensiva. La señora Charnot, majestuosa y bella, parecía prestarle la ayuda de su persuasiva autoridad. Liana, que antes mostrara importarle poco el Chino, tomaba ahora cartas en el asunto, por despecho.

Esperaba sorprender a Jaime; pero éste, precisamente aquel día se encontraba también en París, en el ministerio; ¿era asombroso lo que tenía que trabajar con el director de los Negocios de Asia! De-

bía ser un director con faldas. Y de un apellido italiano...

En su decepción, Liana, lo mismo que madama Lesgor, hubiera puesto sobre la señorita Sarnel su sentido crítico, y ésta hubiera sido probablemente objeto de una atención demasiado sostenida durante toda la comida, si un acontecimiento de otra importancia, cuchicheado de uno a otro, no hubiese producido una emoción sensacional.

No había más que ver el aire confuso y sonriente de Armanda, la satisfacción orgullosa de Juan Marcos, para adivinar que un lazo más fuerte que su reconciliación los juntaba, y que se trataba de una esperanza más duradera y de más vasta consecuencia. Armanda, en efecto, veía precisarse sobre los primeros indicios de una nueva maternidad, futuras penas y alegrías: penas, porque temía que Juan Marcos viesse en ello una ocasión de vacaciones conyugales y de escapadas; alegrías, porque sabía que nada le aseguraría tanto el afecto de su marido como la venida al mundo de una niña. Y Armanda estaba en la idea de que esta vez sería una niña.

— ¡Juan Marcos! había dicho el Sr. Fabrecé, llega la ocasión de cumplir tu palabra.

— Sí, papá. Armanda tiene mucho miedo de que yo no le sea fiel. Pero es una mujercita muy valiente, y usted verá cómo esta vez no tendrá que quejarse.

Aquella buena noticia, que regocijaba a la familia, tenía su eco penoso en el corazón de una muchacha flaca y paliducha, y más obscuramente aun en el de una niña rolliza: Neneta y Mimí, las hijas del primer matrimonio.

Hería en lo más vivo la sensibilidad de Antonieta el oír a su madrastra repetir de dos días acá:

— ¡Oh!, será una niña. ¡Es tanta mi voluntad de tener una hija que sea mía!

Evidentemente, Neneta y Mimí no eran hijas suyas. Y la niña mayor, tan precoz en sentir, en amar y en sufrir, se sentía aún más repelida, apartada de su padre por el pequeño ser que, dentro de algunos meses, atraería su mirada y su pensamiento. Si era una niña, de seguro que ya no amaría a las suyas.

Fermentaban extrañas ideas en aquel espíritu romántico. Ganarse la vida, marcharse; ser una cantante célebre que todo el mundo y hasta los Fabrecé admirarían; o gustar a un príncipe y llegar a ser tan rica y poderosa que la misma madrastra solicitase su gracia. Sueños infantiles de los cuales despertaba tan Cenicienta como antes.

Esperando las consideraciones prometidas, había visto faltar a ellas a Odila, la camarera de confianza de su madrastra. Odila, un día de mal humor, había querido obligarla a ponerse un vestido roto, pretextando que no había tenido tiempo de arreglar el dobladillo. Ante la negativa de Neneta, que se quejó, por primera vez, del abandono en que se las dejaba, pues ella misma había tenido que limpiar la cabeza a Mimí y zurrarle las medias, Odila se había enfadado. Era una muchacha de cutis aceitinado, generalmente taciturna, una meridional «por dentro», de cóleras concentradas. ¡Gritó que iba a buscar a la señora de Juan Marcos, y ya verían si la señorita obedecería o no!

— ¡Vaya usted, gritó a su vez Neneta, lívida, no habría usted obrado así en vida de mi madre! ¡Y decir que tenía puesta en usted su confianza! ¡Vaya usted a buscar a su señora, vaya usted, soplona!

Estupefacta, Odila miró fijamente a la muchacha indignada, con Mimí agarrada a ella, espantada; una lucha se entabló en ella, pero dominó el resentimiento y se fué diciendo mientras cerraba con violencia la puerta.

— ¡Va usted a saber quién soy!

Neneta esperaba asustada; podía prepararse para una dura reprimenda, para un castigo ejemplar.

— ¡Ah! Mimí, dijo estrechando a la niña entre sus brazos; ¡qué dicha para ti el ser tan pequeña y no comprender! ¿No habrá nadie que nos saque de las garras de esa madrastra?

Esto era exagerar, bien lo sabía ella. Armanda no se mostraba constantemente injusta, ni por sistema; pero al desgraciado, ¿se le puede exigir que sea justo?

Antonieta pensaba:

«Si yo tuviera un par de años más y el busto menos raso, el Cónsul quizá se fijaría en mí; es tan guapo, tan bueno, tan valiente. Lo han condecorado; es un héroe. Y siempre de buen humor. Y generoso. Se han visto tíos casarse con su sobrina. Quiere casarse, y, por fortuna, no le gusta Liana, a pesar de todo lo que ella hace para atraérselo. ¡Ah! ¡si yo pudiera gustarle! Para ser amada, para no sentirme aquí como una extraña al lado de los mellizos — todavía no son malos, ¡pero lo serán tal vez! — yo iría más lejos que la China, ¡iría al centro de la tierra!»

Y, encaramada sobre una silla, Neneta se miraba en el espejo de la chimenea.

«Todavía tengo el aspecto de una niña. ¿Si me rellenara el cuerpo del vestido?»

¡Ah! ¡cómo amaría al salvador desconocido!..

La campanada de Odila llegó a oídos de Sofía, y por ésta a Isabel, que se quejó de ello con un poco de emoción a Cirilo:

— Sofía me ha dicho que Armanda quiere decidir a Juan Marcos a enviar Neneta a un colegio de París como interna... ¿No te parece excesivo?

Jacquemer atorméntó su barba con sus dedos nerviosos y murmuró:

— Hace tiempo que la cosa se prepara.

— La abuela se opondrá.

— No. Ya no puede nada.

— Neneta ha hecho mal en...

— Eh la forma; el gran arte de los culpables en el fondo consiste en hacer que sus adversarios falten por la forma.

Isabel se aventuró a decir:

— Si papá y mamá interviniesen...

— Tienen un flaco por Armanda. Y si ésta les da más tarde una nieta...

— En tal caso...

— Sí, las hijas de Claudia están condenadas de antemano...

— ¡Oh! tú vas muy lejos...

— Las leyes de la familia, como las de la naturaleza, son implacables. Obedecen a una lógica secreta, oprimen a los débiles, absorben o repelen los elementos extraños, porque se fundan sobre todo en el interés. Toda gran familia como la nuestra constituye una casta, con su orgullo, su particularismo, sus privilegios y sus abusos. El interés que le sirve de móvil puede ser vil o elevado, pero no dejará nunca de ser interés.

— Es triste.

— Escucha, Isabel. Aunque sea delicado para nosotros el intervenir, será necesario que, con ayuda de Sofía y de Simona, obtengamos que Neneta no sea desterrada de esta casa donde tiene su puesto.

Isabel bajó la cabeza.

— ¡Pobre niña!

Él añadió:

— El egoísmo de familia tiene su razón de ser, pero se puede compadecer a los sacrificados. Te confieso que la pena de Antonio — sí, esta mañana me mostró una confianza inesperada — me tiene muy impresionado.

— Cirilo, ¿querías que se casase con una jardinera?..

— Amiga mía, al lado de la colectividad, está el individuo. La cuestión está en saber si el perjuicio que causa a los demás exige su propio infortunio.

— Ese Antonio es muy bueno, dijo Isabel conmovida, aunque aristócrata en el alma y juzgándole absurdo.

— Es mejor que eso amiga mía. Antonio tiene un corazón exquisito.

— ¡Ah!, exclamó ella sorprendida.

No podía dudar de la sagacidad de Cirilo, pero viviendo siempre al lado de un hermano, se le conoce mal y muy poco; porque las apariencias y la opinión ambiente...

El error de Antonio era profundo.

Apoyándose en el ejemplo de su abuelo María José que él había creído determinante, había protestado con confianza del abuso de autoridad del Gobernador.

Pero el Sr. Fabrecé, sin conmovirse en demasía, iba a declararle que la unión soñada le parecía imposible.

Imposible, ¿por qué? Porque Juan Marcos se había casado con una Charnot, ¿era preciso que los demás dieran su nombre a elegantes señoritas de la buena sociedad?

El golpe era tanto más rudo cuanto que a sus ojos implicaba una injusticia; y, en la sencillez de su corazón, eso le era intolerable. Dudar de la infalibilidad del padre, en que tenía él tanta confianza, y a quien colocaba por cima de todos los seres, ¡qué guerra!

Y Antonio se decía:

«Debe tener razón, pero el caso es que no lo comprendo.»

Y cuanto más lo pensaba menos lo comprendía. ¡Cómo! El casarse con Miga, puesto que la amaba, ¡era tan sencillo! ¿A qué tantas consideraciones?

¿Cómo no le sostenían sus hermanas? ¿Por qué el único que lo confortaba era Florencio? ¿Mamá Reina quizá?... porque con la abuela no había que contar. ¡Aquella era una Siglet-du-Salt!, y daba importancia a sus lazos de unión. Pero por ese lado le esperaba una decepción más amarga.

La señora Fabrecé hacía justicia a Noemia, pero habiendo criado a todos sus hijos a excepción de Antonio, a causa de una enfermedad, su gratitud por la nodriza no había podido desprenderse de uno de esos celos instintivos que las madres apasionadas experimentan sin confesarlo y disimulando todo lo posible.

La había mortificado el que la robusta campesina amase tanto a su hijo de leche, y el que Antonio tuviese tanto cariño a su nodriza. De ello guardaba un recuerdo desagradable: prevenciones y cargos sordos, pequeñas dificultades de entonces contra la maternidad de la sangre y la maternidad de la leche; malestar inspirado por las aficiones plebeyas de su hijo — ¿de dónde procedían?, y también su familiaridad con Noemia y su hermana de leche.

Sin embargo, por bondad y por gratitud para con aquellas excelentes personas, no había combatido a tiempo aquellas afinidades. Hoy lo deploraba, y el amor de Antonio daba a su sentimiento una fuerza imprevista. Afirmaba que no tenía preocupaciones, pero la idea de que su hijo quisiera casarse con Jenny-Rosa la chocaba mucho más que si hubiese querido tomarla por amante: villanía que la hubiera sublevado.

Por consiguiente, sentía más aversión que su marido por los proyectos de Antonio. Había habido entre los tres un penoso coloquio, del cual Antonio había salido llorando.

Simona, que lo encontró en el pasillo, le echó amablemente el brazo al cuello y se lo llevó a su cuarto para consolarlo, más comprensiva que los demás porque amaba y había sufrido. Allí se habían agrupado Isabel y Sofía en torno del dolor de Antonio; sus razonamientos no las hubieran convencido; pero ¡el verle sollozar como un niño!..

La una le daba golpecitos en los hombros, la otra le acariciaba los cabellos, la tercera lo besaba. La llegada de Armanda, Liana y Gisela y sus aires burlescos o presumidos, enfriaron la atmósfera sin retirar a Antonio el beneficio de la compasión que acababa de inspirar; compasión vana y que no modificaba, respecto a Sofía e Isabel, su opinión; pero compasión al fin, cuyo calor le fué confortante.

— ¡Mi pobre Antonio!, le decía luego Florencio; no te aflijas tanto. ¿Amas a Miguita? Pues nadie puede impedírtelo.

— Sí, pero he prometido partir para Soloña después de la fiesta del aniversario. Una grande explotación agrícola donde el amigo de un amigo de papá necesita una persona de toda confianza y práctico en la materia, para la vigilancia. Mucho trabajo y una gran responsabilidad. No he podido negar a nuestros papás esos seis meses de reflexión.

— ¡Eres un buen muchacho!

— Me lo suplicaron, Florencio.

— Sí, pero, ¿y Miguita?

— Podría volver a Val-Changis, después que yo me haya marchado. De todas maneras, yo la veré antes.

— ¿Sabes dónde la tienen oculta?

— En Melún, en casa del hermano y la cuñada del Sr. Maldant. Ella que le tiene horror a la aguja y a las tijeras, mi pobre Miga, y a quien le quita manejar la podadera y el plantador y trabajar en el campo, me la pegan a una silla, para que se eche a perder los ojos cosiendo ropa blanca.

— ¡Bah!, ¡el amor siempre vence!

— Entonces aun puedo esperar, dijo Antonio medio consolado.

Al día siguiente, marchó en bicicleta a través del bosque. En la cuesta de Croix d'Augas, rodeó a la izquierda las alturas de la Solle; después de haber llegado a la Cruz del Grand-Veneur, hizo de un tirón, por la carretera Redonda, el trayecto que va de la encrucijada de la Table du Gran-Maitre a la Table du Roi. Era el camino más largo, pero se hacía con menos autos y menos polvo, y a través de uno de los puntos más bellos del bosque.

Antonio conocía aquel bosque mejor que Juan Marcos, pues, aficionado a la marcha, lo había recorrido en todos sus repliegues, senderos, mesetas, breñales y desiertos caóticos.

Todos los nombres por él tomados de los animales, de las plantas y del hombre le eran familiares. No había un solo guardabosque que no le conociese, y había dormido más de una vez en la choza de los carboneros, cuando herborizaba, todo el día, con la caja de hoja de lata a la espalda y el bastón con punta de hierro en la mano.

De pronto se detuvo; ¡pues no se había olvidado de hacer especificar la dirección de los parientes de Miga!

Pero Juan Marcos quizá la ignoraba. Melún es grande... ¡En fin, preguntando!..

(Se continuará.)

GANTE. EXPOSICIÓN UNIVERSAL. - RECONSTITUCIÓN DE UN BARRIO DE LA VIEJA FLANDES. (Fots. M. Branger.)

Desde que en 1851 se celebró en Londres la primera exposición verdaderamente universal hasta nuestros días, estos certámenes mundiales han sufrido una transformación grandísima. La mayor facilidad de comunicaciones y transportes, la intimidad mayor de las relaciones entre los pueblos y sobre todo el espíritu de competencia entre éstos y el afán natural de imprimir a sus industrias todo el desenvolvimiento posible y de buscar cada día nuevos mercados para sus productos, han hecho que las exposiciones universales adquiriesen proporciones extraordinarias, hasta el punto de que hoy en día organizan una de ellas constituye una empresa poco menos que colosal.



En la cervecería

siciones, a consecuencia de lo cual ha sido preciso aumentar los alicientes de las mismas para mover la curiosidad de los visitantes. Y así hemos visto en las celebradas en estos últimos tiempos una verdadera profusión de atracciones de los más variados géneros que para mucha gente constituyen el objetivo primordial de la exposición.

De estas atracciones, son sin duda alguna las más interesantes las reconstituciones de lugares y costumbres de épocas pasadas. El viejo París y el barrio de la vieja Bruselas, para no citar más que los últimos y los más importantes, fueron los *clous* de las exposiciones universales celebradas en las capitales de Francia y Bélgica



Escenas de la vida flamenca en el siglo décimoséptimo

Mas no ha sido solamente en esto en lo que han variado casi esencialmente tales certámenes; también en su modo de ser, en su organización, se observan notables diferencias entre lo que son actualmente y lo que en otros tiempos fueron. En un principio, la idea predominante, exclusiva, por decirlo así, era la exhibición de los productos del trabajo en todas las ramas de la actividad humana y en sus últimos grados de adelantamiento; suponiendo que lo que más había de atraer a expositores y visitantes era, en cuanto a los primeros, la ocasión de someter al juicio universal las producciones de sus industrias, y en cuanto a los segundos, la seguridad de que en estos certámenes habían de encontrar provechosas enseñanzas. Y esto sólo bastaba para llevar al sitio en donde la exposición se celebraba numerosa concurrencia. Hoy, en cambio, parece haber disminuído el interés educativo de estas expo-



Amoríos callejeros

en 1900 y 1910 respectivamente. Los organizadores de la actual exposición de Gante también han querido que hubiese en ésta un espectáculo de este género y han hecho una reconstitución de un barrio de la vieja Flandes que es una verdadera obra maestra. En ella aparecen reproducidos con escrupulosa exactitud los más bellos ejemplares de la arquitectura flamenca del siglo XVII y se admiran la plaza de la Villa, los canales, las cervecerías y tabernas que causan la impresión de la misma realidad. Contribuyen a hacer más viva esta impresión los pobladores del barrio, representantes de todas las clases sociales, admirablemente vestidos y tan poseionados de sus papeles, que al que los mira circular por aquellas calles parece asistir realmente a las escenas de aquella época que tan gráficamente dejaron reproducidas en sus lienzos los grandes maestros de la escuela flamenca del siglo XVII.

MADRID. - EXPOSICIÓN DE ARTES DECORATIVAS. (Fotografías de Asenjo.)

En el número último dimos cuenta de la inauguración oficial de la Exposición de Artes Decorativas que se celebra actualmente en Madrid en el Palacio de Exposiciones del Parque, acto que fué presidido por S. A. el infante D. Fernando, en representación de S. M. el rey D. Alfonso XIII.

La exposición consta de siete salas, una central y seis laterales, todas ellas decoradas con exquisito gusto, habiendo tenido los artistas encargados de la decoración especial cuidado en adaptar la instalación de cada una a la índole de los diferentes objetos en ella expuestos.

Dividese la exposición en tres secciones: Arte decorativo, Industrias artísticas y Enseñanza y progreso de las Artes, subdividiéndose, a su vez, la primera, en dos grupos: Pintura decorativa en sus variadas aplicaciones, y escultura decorativa.

En el primer grupo figuran numerosos modelos, bocetos, cartones, retablos, muebles pintados, pinturas al fresco y al temple, en seda y en vitela, aban-

de Córdoba, del Sr. Villegas Brieva, que publicamos en el número 1.637 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; algunos dibujos de nuestro distinguido colaborador

composiciones decorativas y ornamentales; trabajos de ebanistería y carpintería; obras de marfil maqueado e incrustaciones, llamando especialmente en él la atención un precioso saloncito del señor Novella.

La sección de Industrias Artísticas se subdivide en los grupos de metalistería, cerámica, vidriería y mosaico, industrias textiles, labores de la mujer y artes del libro. En todos se admiran numerosos trabajos de orfebrería y joyería, esmaltes, vidrieras, cristalería, mosaicos, grabados, tapices, encajes, cueros labrados y pasamanería. Una de las instalaciones más notables de esta sección es la de obras de cerámica presentadas por don Juan Zuloaga, hijo del notable artista D. Daniel.

La sección tercera, Enseñanza y progreso de las Artes, se compone de un grupo de elementos para la enseñanza del arte y de

un departamento dedicado a las Escuelas de Artes Industriales de Madrid, Barcelona, Almería, Córdoba, Cádiz, Ciudad Real, Sevilla y otras capitales.



Una de las salas de la exposición



Una de las salas de la exposición



Una de las salas de la exposición

cos pintados, carteles decorativos y pinturas escenográficas. Entre los objetos expuestos en este grupo merecen especial mención varios dibujos al lápiz del Sr. Bartolozzi; las composiciones decorativas

los Sres. Moya del Pino y Penagos, y un retrato de S. M. la reina Doña Victoria Eugenia pintado por D. Emiliano Ruiz.

El grupo de escultura se compone de diferentes

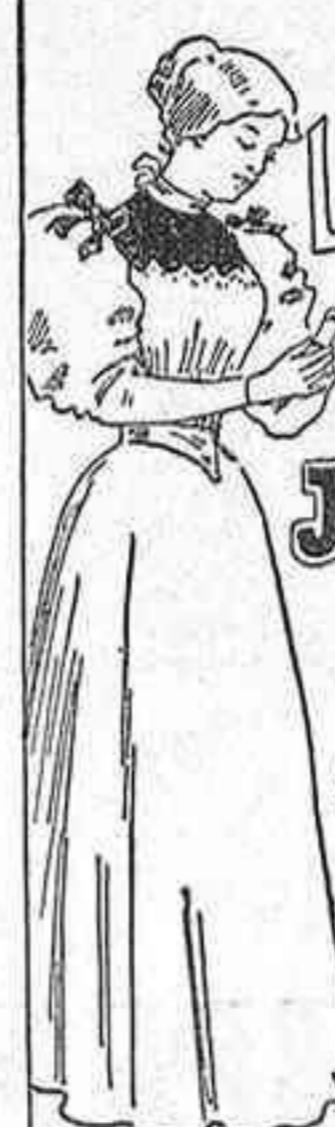
La exposición resulta en extremo interesante y permite formarse idea del grado de adelanto que han alcanzado el Arte decorativo y las Industrias artísticas en nuestra patria.

CESAR Y MINKA



Criadero y comercio de perros de casta ZAHNA (Prusia) recomienda Los más notables perros de casta perros de guarda, de lujo y de compañía así como todos los perros de caza, desde el grande Dogo de Ulmy y el Perro de monte hasta el más pequeño perrito faldero. Lista de precios ilustrada gratis. Envío a todas las partes del mundo y en todas las estaciones del año.—Gran exposición permanente en la estación ferroviaria de Zahna.

AVISO A LAS SEÑORAS

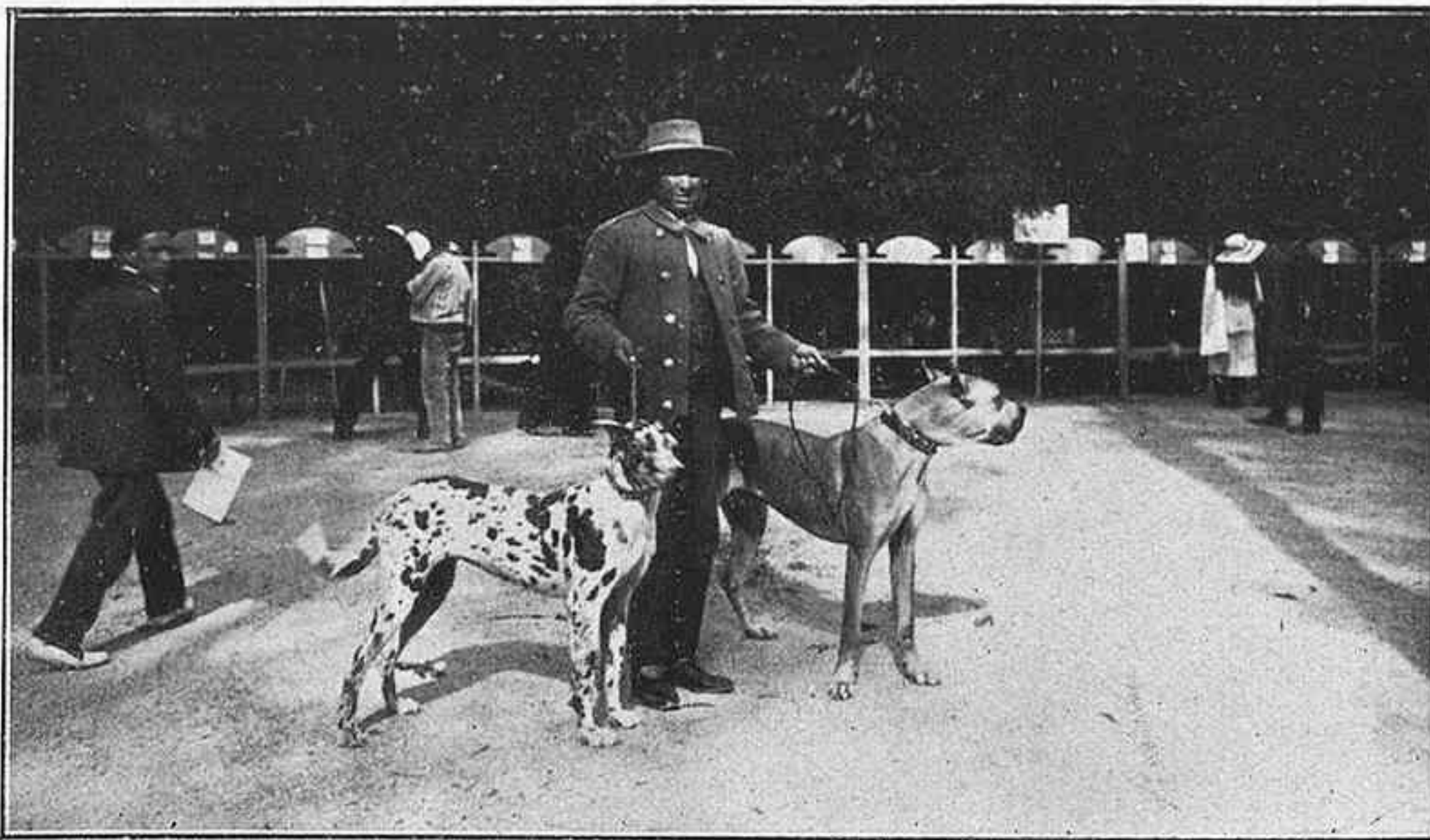


EL APIOL DE LOS **JORET-HOMOLLE**
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

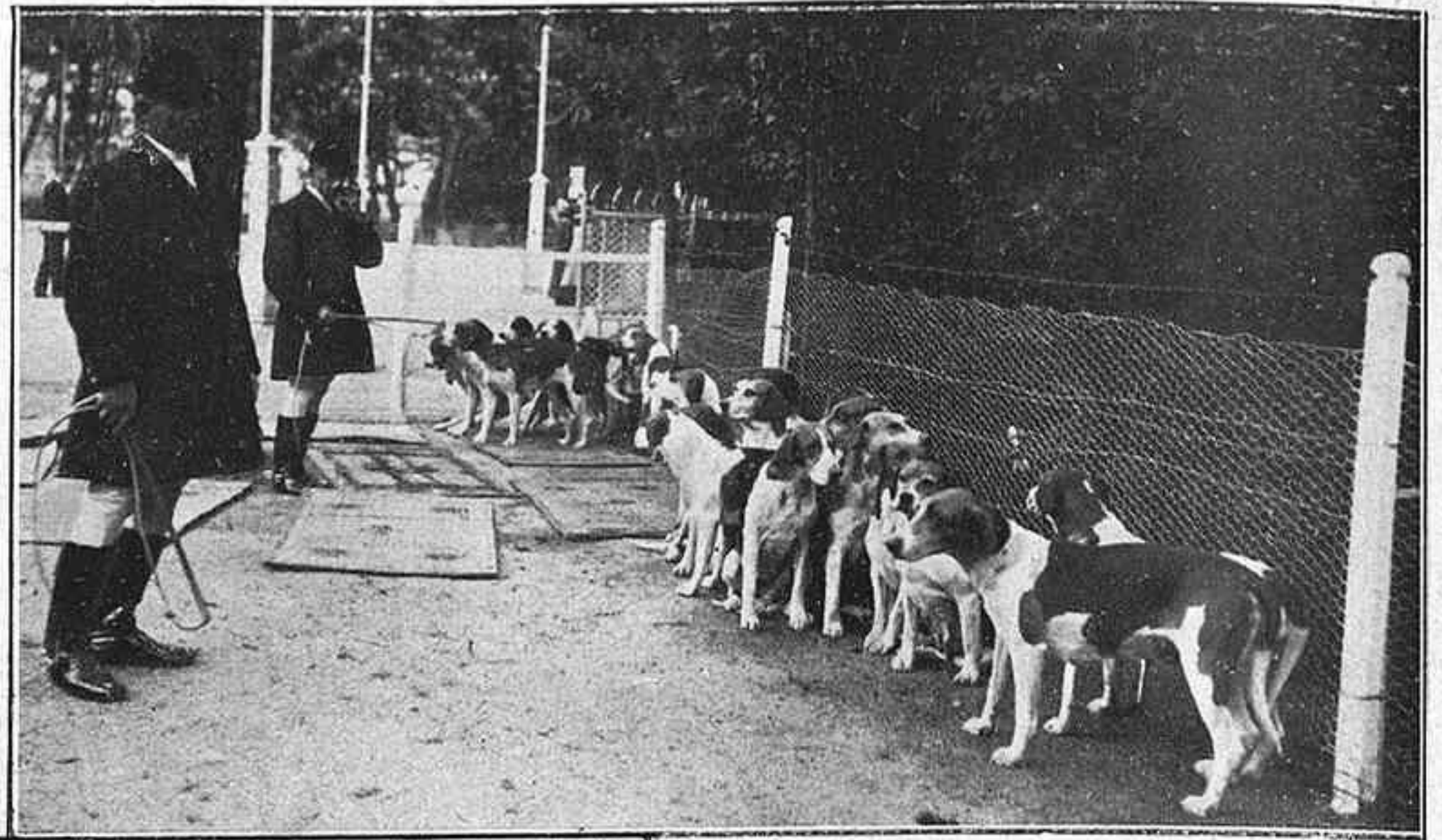


DICCIONARIO de las lenguas española y francesa por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

MADRID. - EXPOSICIÓN CANINA. (Fotografías de Asenjo.)



Zaida y Loquis, dogos de Ulm



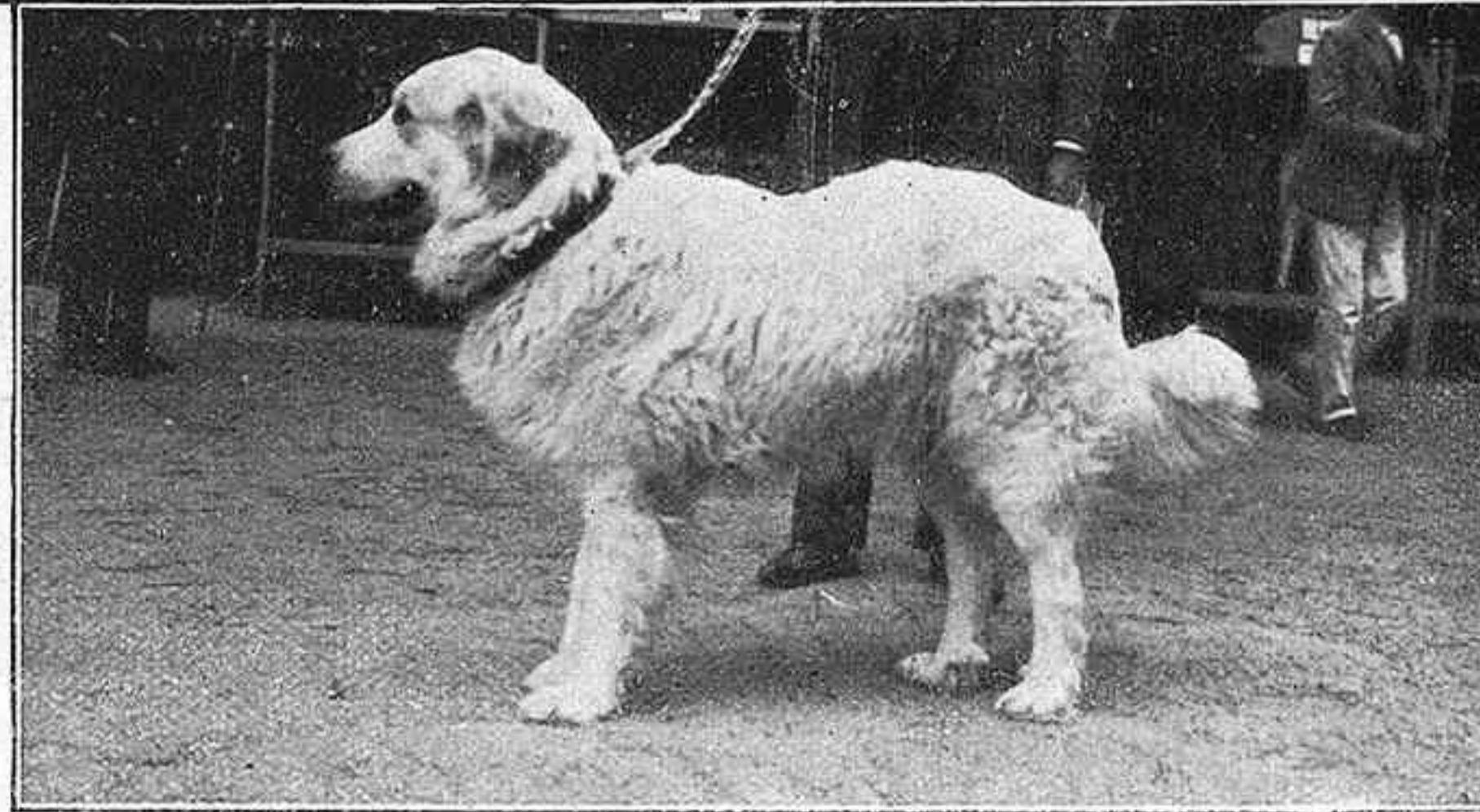
Jauría de la Sociedad «La Caza»

La Real Sociedad Central de Fomento de las razas caninas en España ha inaugurado recientemente en Madrid su segunda Exposición Internacional canina, bajo el patronato de S. M. el rey D. Alfonso XIII.

La exposición se ha celebrado en los Jardines del Buen Retiro, en torno del quiosco de la música, sitio amenísimo y de las mejores condiciones para el certamen, y ha respondido perfectamente a los fines de la expresada sociedad, que son: restablecer para las razas de España el nivel que alcanzaron en otros tiempos y adaptar a nuestro país las del extranjero, sin que pierdan la característica de su origen.

Figuran en ella 348 ejemplares, casi todos ellos de gran mérito, pertenecientes a las siguientes clases: mastines de los Pirineos, mastines españoles, mastines ingleses, Terranovas, San Bernardos, dogos de Ulm, dogos de Burdeos, *bulldogs* ingleses, *bulldogs* franceses, *dobermann-pinchers*, *bergers*, *collies*, podencos, alanos, *bassets* de Artois, *bassets* franceses, *dachshunds*, galgos españoles, galgos ingleses, galgos anglo-españoles, galgos rusos, pachones de Victoria, perdigueros, barbas, grifones, *pointers*, *dropers*, *bracos*, *setters*, *epagneuls*, *retrievers*, *field-spaniels*, *cocker*, *terriers*, *irish-terriers*, *skye-terriers*, *scottish-terriers*, *pinschers*, dalmacias, *spitz*, carlines, habaneros, galgos italianos, pomeranias, *yorkshires*, *pekin-geses*, japoneses, *blenheims* y *toy-terriers*.

Entre los ejemplares que más llaman la atención merecen citarse un *bulldog* francés (miniatura), propiedad de S. M. el Rey; un *dachshund* de S. M. la Reina Victoria; un *terrier* negro y rojo de S. A. la infanta Doña Isabel; los galgos



Patto, mastín francés

Pero lo más notable de la exposición son indudablemente las jaurías, sobresaliendo entre ellas la de la sociedad «La Caza», que tiene su chalet en la Venta de la Rubia y de la que son presidente S. M. el rey D. Alfonso XIII y vicepresidente el marqués de la Mina; y las del duque de Arión, del conde de Torrearias y de D. José M.^a Narváez, primogénito de los duques de Valencia.

La Real Sociedad, organizadora de la exposición, procura una estadística de perros de pura raza, así nacionales como extranjeros, existentes en España, como fuente de autenticidad reconocida y al efecto instituyó desde sus comienzos el «Libro de orígenes» y pronto promoverá la formación de sociedades para el mejoramiento de una o más razas determinadas, especialmente en aquellas regiones de nuestro país que aun conservan restos de razas características. Los perros que en esta exposición obtengan certificado de aptitud de campeonato, premio de honor o sean calificados para ello, podrán ser inscritos en dicho «Libro».

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero Hierro Quevenne. El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. — MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis



ZEISS GEMELOS
PARA VIAJE, DEPORTE Y CAZA
PIDASE EL PROSPECTO (T. 224)
De venta en todos los Establecimientos de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Hamburgo - Milán - Londres
París - San Petersburgo - Viena - Tokio

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN